Herman Melville

Las Encantadas

Las Encantadas o Las Islas Encantadas (1854) es un bello e inolvidable trabajo que Herman Melville escribe tras su viaje a las islas Galápagos. Charles Darwin, quien había visitado las Galápagos unos años antes, había colocado el peculiar eco-sistema de estas islas en el centro de su revolucionario trabajo sobre la teoría evolutiva. Para Melville, también, la visión de un territorio no alcanzado por la mano del hombre alteró su perspectiva frente a la civilización. *Las Encantadas* captura de forma exacta el encanto y misterio eterno de estas islas y refleja, a la vez, las pasiones e intereses de este gran escritor estadounidense.

Herman Melville

Las encantadas

ePub r1.0
Titivillus 26.01.17

Título original: *The Encantadas, or The Enchanted Islands*
Herman Melville, 1854
Traducción: Alejandro Manara
Prólogo: Luis Chitarroni

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

En los *escritores* como Melville —bien pocos, claro—, que inauguran una categoría exclusiva dentro de las clasificaciones superiores, es difícil encontrar —después de *Moby Dick*— el segundo libro para leer cuando ya nos hemos convertido en sus admiradores. «Benito Cereno» y «Billy Budd», si bien revelan la familiaridad con el mundo melvilleano —el escenográfico, pero también el alegórico—, parece mejor dejarlas para el final, cuando uno puede recuperar los sabores a cierta distancia del manjar. *Mardi* (no sé si hay traducción al español) es demasiado compleja y, por lo demás, el lector satisfecho de *Moby Dick* podría tomarla como un bosquejo malogrado, fallido, de la exitosa obra mayor. O por un intento de Novela Total, con islas imaginarias en lugar de las reales. «Bartleby» es un sendero distinto, un dibujo a lápiz —todos los matices del gris y del negro— que da una idea equivocada del escritor que Melville era (capaz de guardar en un cuarto de la memoria la mezquindad irritante del narrador). Todos los libros que restan, incluido el extenso poema *Clarel* (el «íncubo terrible», según la mujer de Melville:
20 000
versos divididos en 150 cantos) ofrecen muestras parciales del genio de Melville, pero fracasan en decirnos al oído algo que *Las encantadas* no calla: quien escribió este libro escribió también *Moby Dick*; o, para no hacerle las cosas tan fáciles a *Las Encantadas*: quien escribió *Moby Dick*, escribió también *Las Encantadas*.

Melville publicó *The Encantadas, or The Enchanted Islands* en forma serial durante el año 1854, con el seudónimo Salvator R. Tarnmoor. Luego fue incorporada, junto a «Bartleby» y «Benito Cereno», a *The Piazza Tales*. La distancia entre el joven que recorrió esas islas y el hombre que recuerda tal experiencia está matizada por el *nom de plume*; la prosa, por el aprendizaje concentrado en

cápsulas de obsesión, como se le debe admirar al autor de *Moby Dick* (o como suele reprochársele). Después de leer *Taipi* y *Omú*, Robert Louis Stevenson lamenta que una de las hadas madrinas haya rechazado la invitación de asistir al bautismo de Melville. El futuro joven será capaz de ver, de decir y de encantar… pero no de oír. Curioso reproche (o no tan curioso en un escritor que decretó «guerra al nervio óptico, guerra al adjetivo») porque parece desatender varios hechos: Melville escribió las peripecias de *Taipi* y *Omú* unos cuantos años después de que hubieran ocurrido; Melville lo hizo con sus precisas y salmodiosas inflexiones, que renuncian a los favores de la oralidad para hacer caer al lector en una especie de emboscada retórica, de la que no podrá huir sin reconocer el bello ejercicio de inmersión en esos ritmos, en esa sintaxis. También De Quincey reprochaba a John Donne la falta de oído desde el bautismo (John Donne es tan monótono en inglés como Jorge Borges en español. ¿Qué tal John Louis Donne? El hexámetro yámbico y la buena configuración de la prosa y la poesía inglesa predispuso mal a ciertos oídos, los que esperan —y reclaman— la misma música siempre.

Pero esta era una digresión, sigamos con *Las Encantadas*. El archipiélago en miniatura de Las Encantadas, de configuración tipográfica que el autor se encarga de explicitar, había sido ya un enigma biológico para Charles Darwin, quien recorrió las islas entre setiembre y octubre de 1835. El viaje del Beagle le permitió en esa apoteosis pétrea de lo arcaico llevar más lejos que nunca sus conjeturas e hipótesis acerca del origen de las especies, como si los pensamientos adoptaran una fragmentación insular distinta a la amaestrada por el continente. La terca, cineraria, despiadada geografía tiene un nombre que se refiere las criaturas —quelonios— que parecen insinuar otro cementerio de islas móviles sobre las espaldas del encantamiento: Galápagos. El naturalista y el escritor ven lo mismo pero conviene comparar las versiones para comprobar cómo hizo cada uno para volver este mundo algo más cierto.

Melville nunca reniega de lo lírico, y abastece la avidez del lector con una cantidad tan vehemente de imágenes que las narraciones de *Las Encantadas* parecen episodios bíblicos inventados en un lugar del planeta poco apto para permitirlos. El escenario ofrece una especie de textura senil, donde la evolución fragua una

demora artificial y confiere al aire —que es el único tiempo visible — el aliento poderoso de la imaginería y las intrigas del Pentateuco. Melville había visitado las islas en uno de sus tempranos peregrinajes balleneros (el primero de los cuales fue en el Acushnet) y recobraba ahora las historias con su imaginación de profeta, que por momentos acallaba su memoria de viajero. El paisaje bien podía corresponder a la exaltada serenidad con que puede reproducirse algo percibido muchos años antes; las historias inflaman una violencia sagrada, que los estrechos, arrecifes y desfiladeros de Galápagos instruyen con inusual maestría. La historia de Hunilla, por ejemplo, abandonada en una de esas islas terribles, borra con su ronca afirmación antropológica la bella y misteriosa cortesía fomentada luego por los transatlánticos y su opereta flotante de invitaciones solícitas: «¿De qué barco eres tú, marinero?», «¿Y tú, de qué isla?».

Y, sin embargo, en toda esta prosa turbulenta, en la que por momentos fulgura un destello abisal o interviene una tinta de atroz profundidad oceánica, hay una firmeza ancha que parece declarar, como en el poema de Auden: «Esta roca es el Edén; naufraga aquí». Melville, como un bajo continuo, sentencia o recalca: «Hay una experiencia del mundo que no puedes perderte. Si resultara imposible llegar hasta allá, lee este libro. Si estás ahí, consuélate». Con esa extraordinaria capacidad que había adquirido Melville para convertir las cosas concretas de este mundo en cifras de una constelación simbólica, *Las Encantadas* es el núcleo ígneo de la tentación y el peligro: un paraíso en el que habitan como evocaciones visibles todas las fealdades del infierno.

Hay algo más en el estilo, una opulencia que no pierde nunca la fórmula y la apariencia de lo frágil, y que esta nueva traducción reproduce con fidelidad. Y hay un factor mágico, fácil de argumentar en uno de los grandes maestros de la prosa norteamericana que es también un visionario, un agitado corazón capaz de evocar las tripulaciones populosas con un amuleto o un rito. Aunque existían —que yo sepa— traducciones anteriores de este libro, siempre lamenté que fuera «un secreto» para los lectores, en la medida en que las traducciones hoy ya sin circulación eran —como se dijo en los primeros párrafos de este prólogo— el segundo libro a recomendar para quien hubiera ingresado en la órbita de

Melville después de *Moby Dick*. Lo atribuía a la pereza de la industria editorial en lengua española, y a la errática política de reediciones. Sin embargo, hay un fenómeno de evasión que *Las Encantadas* ensaya o produce también en la lengua original. La prudente y pragmática monografía de Elizabeth Hardwick, por ejemplo, uno de los últimos libros de divulgación sobre el autor de Moby Dick, no menciona el libro ni el hecho de que Melville hubiera pasado por las Galápagos. Lejos de parecer uno de esos olvidos significativos para los que nos ha entrenado la custodia psicoanalítica, parece una extraña precaución del texto mismo, que es también un tesoro y gusta, por lo tanto, de esconderse. Hagamos caso, entonces, a Auden: naufraga aquí lector. De estas páginas no habrás de arrepentirte.

Luis Chitarroni

PRIMER BOSQUEJO

Las islas en general

—Eso no puede ser —dijo el barquero–
A menos que sin saberlo, por un acaso, estemos predestinados
Pues esas mismas islas que surgen de vez en cuando,
Que no son tierra firme, no tienen punto fijo,
Sino que flotan de aquí para allí
Por el ancho mar; por esto son llamadas
Las Islas Errantes; por esto evítalas
Pues a menudo han hundido a muchos navegantes
En el más mortal peligro y en desesperado trance;
Pues cualquiera que una vez haya puesto
Allí su pie nunca puede recobrarlo
Y se queda eternamente desorientado e inseguro.

Oscura, lúgubre, sombría como tumba voraz,
Que reclama todavía carroñas y osamentas;
Sobre la cual se posa la lechuza espeluznante
Para dejar oír su nota funesta que para siempre apaña
De su guarida a todas las otras aves, más alegres,
mientras en torno suyo espectros errantes gimen o aúllan.

Tome veinticinco cúmulos de ceniza desparramados aquí y allá en un terreno baldío de las afueras de la ciudad; imagine algunos de ellos engrandecidos al tamaño de montañas y que el mar sea la parte baldía y tendrá entonces una idea adecuada del aspecto general de las Islas Encantadas. Se trata más bien de un grupo de volcanes extinguidos que de islas; con un aspecto similar al que tendría el mundo después de una guerra punitiva.

Hay que preguntarse si en cuanto a desolación, algún otro sitio yermo de la tierra pueda proporcionar algo semejante a este grupo. Cementerios abandonados de otros tiempos o viejas ciudades en ruinas constituyen espectáculos ya bastante melancólicos, pero como todo lo que en algún momento ha estado vinculado a la humanidad, aún despiertan en nosotros cierto afecto, por muy tristes que sean. De modo que incluso el Mar Muerto, por más que genere a veces otras emociones, no deja de provocar en el peregrino alguno de sus sentimientos menos desagradables.

Y por lo que hace al ánimo solitario: los grandes bosques del norte, las superficies de aguas no navegadas, los campos de hielo de Groenlandia, son las más profundas de las soledades para un observador humano; con todo, la magia de sus cambiantes mareas y sus estaciones atenúa su horror ya que, aunque no los visiten los hombres, la primavera visita esos bosques; los mares más remotos reflejan las estrellas familiares, lo mismo que el Lago Erie, y en el aire claro de un bello día polar, el hielo azulado y radiante, luce tan hermoso como malaquita.

Pero la propia maldición, si uno quiere, de Las Encantadas, lo que las pone en cuanto a desolación por arriba de Idumea[1] y del Polo, es que para ellas el cambio nunca llega; ni el cambio de estaciones ni el de pesares. Atravesadas por el Ecuador, no conocen el otoño ni tampoco la primavera; ya reducidas a las heces del

fuego, poco más es lo que la misma devastación puede provocar en ellas. Las lluvias refrescan a los desiertos; pero en estas islas nunca llueve. Como calabazas de Siria que se secan al sol, son resquebrajadas por una eterna sequía bajo un cielo ardiente. «Ten piedad de mí», parece gritar el espíritu de Las Encantadas que gime, «y envía a Lázaro, para que pueda meter en el agua las yemas de sus dedos y refrescar mi lengua, pues estoy atormentado por estas llamas».

Otro rasgo de estas islas es la absoluta imposibilidad de que sean habitadas. Se considera un ejemplo apropiado de desidia que el chacal tenga su guarida en un páramo que pudo haber sido Babilonia; pero Las Encantadas se niegan a darle acogida hasta a las más descastadas entre las bestias. Tanto el hombre como el lobo las evitan. Allí se pueden encontrar pocos animales, con la excepción de los reptiles: tortugas, lagartos, arañas enormes, serpientes y esa singular anomalía de la naturaleza exótica que es la iguana. No se oye una voz ni un mugido ni un aullido; el primordial signo de vida allí es el silbido.

En la mayor parte de las islas donde hay alguna vegetación, ésta resulta más ingrata que la aridez de Atacama. Confusos matorrales de arbustos tiesos, sin frutos y sin nombres, que brotan entre profundas grietas de roca calcinada y vilmente las esconden; o algún conjunto reseco de cactos retorcidos.

En muchos lugares la costa está recortada por rocas o, dicho con más exactitud, por escorias; masas hundidas de materia negruzca o verdosa como los residuos de una caldera, que forman grietas oscuras y cavernas aquí y allí, y a las cuales el mar, incesantemente, baña con la furia de su espuma, cubriéndolas con un remolino de bruma gris y escuálida por la que vuelan chillonas bandadas de aves aterradoras que acrecientan el estrépito tenebroso. Por muy tranquilo que esté mar afuera, no hay tregua para este oleaje y para esas rocas; el embate de las olas no se detiene por más que el océano exterior esté en su momento de máxima calma. En las mañanas sofocantes y nubladas, tan características de esta zona del Ecuador marítimo, las oscuras masas vítreas, muchas de las cuales se elevan costa afuera entre blancos remolinos y rompientes en lugares apartados y peligrosos, ofrecen una visión extraordinariamente plutónica. Sólo en un mundo caído pueden

existir semejantes tierras.

Las partes de la costa que están libres de las marcas del fuego se extienden por playas extensas con innumerables caracoles muertos, con pedazos podridos de caña de azúcar aquí y allá, bambúes y cocos, arrastrados hasta este otro mundo más sombrío desde las encantadoras islas con palmeras que encontramos hacia el oeste y el sur, es decir todo el trayecto del Paraíso al Tártaro; pero también mezclados con vestigios de una belleza lejana se hallarán a veces pedazos de madera quemada y astillas de naufragios. Y no ha de asombrarse nadie de que se encuentren estas últimas, después de observar las corrientes rivales que se entrechocan a lo largo de casi todos los anchos canales del grupo entero de islas. Los caprichos de las corrientes de aire concuerdan con los de las del mar. En ninguna parte el viento es tan liviano, tan sorprendente, tan inseguro en todo sentido, así como tan propenso a las inexplicables calmas, como en Las Encantadas. Cerca de un mes le tomó a un barco de una isla ir a otra, a pesar de que, entre ellas, hay sólo noventa millas; pues debido a la fuerza de la corriente, los botes empleados para el remolque apenas alcanzaban para impedir que el barco fuera arrojado sobre los acantilados y en nada contribuyeron a acelerar su viaje. A veces le es imposible a una embarcación que viene de lejos acercarse al grupo de islas, a menos que las posibilidades de deriva se hayan tenido muy en cuenta antes de que aparezcan a la vista. No obstante ello, en otras oportunidades, una misteriosa succión atrae irresistiblemente hacia las islas al barco que pasa con otro rumbo.

Es verdad que, en una época, como de cierta forma hasta el día de hoy, grandes flotas de balleneros recorrían, en busca de cetáceos, lo que algunos marineros llaman el Terreno Encantado. Pero esto, como se describirá en su momento, ocurría en los alrededores de la gran isla exterior de Albemarle, lejos del laberinto de las islas menores, adonde el mar es ancho; y, en consecuencia, las precedentes observaciones no se aplican en absoluto a esta zona, aunque aún allí los embates de la corriente a veces tienen una fuerza singular, aunque cambian de rumbo también, con capricho igualmente extraño.

Por cierto, hay estaciones en que hay corrientes absolutamente inexplicables que se imponen hasta una gran distancia alrededor de

todo el grupo; y son tan fuertes e irregulares como para cambiar el rumbo de un barco en contra de lo que el timón manda, por más que se navegue a un promedio de cuatro o cinco millas por hora. Las diferencias en los cálculos de los navegantes que estas causas producían, junto con los vientos leves y variables, durante largo tiempo sustentaron la creencia de que existían, en el paralelo de Las Encantadas, dos grupos distintos de islas, apartados por unas cien leguas. Tal fue la opinión de sus primeros visitantes, los bucaneros; y aún en 1750, los mapas de esa zona del Pacífico se ajustaban a la extraña fantasía. Y la fugacidad e irrealidad aparentes en la ubicación de las islas fue muy posiblemente el motivo por el cual los españoles las llamaran Las Encantadas o Grupo Encantado.

Pero no sin influencia por el carácter de las islas, tales como ahora se reconoce que existen, el viajero moderno se inclinará a imaginar que el otorgamiento de este nombre podría en parte originarse en ese aire de hechizada soledad que tan significativamente envuelve a las islas. Nada puede sugerir mejor el aspecto de cosas que antiguamente estaban vivas y por un maleficio han sido reducidas de la rubicundez a cenizas. Estas islas parecen manzanas de Sodoma después de haber sido tocadas.

Por muy inconstante que pueda creerse su lugar debido a las corrientes, estas islas, al menos para quien está en sus playas, se presentan invariablemente idénticas: fijas, fundidas, pegadas al cuerpo mismo de una muerte cadavérica.

Tampoco parecería que esta calificación de «encantadas» esté fuera de lugar en otro sentido. Puesto que, con respecto a los peculiares reptiles que habitan en estos yermos —cuya presencia proporciona al grupo su segundo nombre español: Galápagos—, con respecto a las tortugas que se encuentran allí, desde hace tiempo la mayoría de los marineros sustentan una superstición tan terrible cuanto grotesca. Creen sinceramente que todos los oficiales de marina malvados, más en particular los comodoros y capitanes, son transformados al morir (y, en algunos casos, ya antes de morir) en tortugas; y viven desde entonces en estas calurosas arideces, únicos señores solitarios del alquitrán.

Sin duda, pensamiento tan singularmente doloroso fue en un comienzo inspirado por el propio paisaje desesperanzado, pero acaso más en especial por las tortugas. Porque, aparte de sus rasgos

estrictamente físicos, hay algo auto-condenatorio en la apariencia de estas criaturas. En ninguna otra forma animal se expresa más lastimosamente la constancia del dolor, el sometimiento a la pena impuesta; y por otra parte la consideración de su maravillosa longevidad no deja de acentuar esta impresión.

Ni siquiera a riesgo de merecer la acusación de creer absurdamente en encantamientos puedo dejar de admitir que a veces, incluso ahora mismo, cuando dejo la ciudad populosa para pasar errando los meses de julio y agosto entre los Adirondacks, lejos de las influencias ciudadanas y por contrapartida cerca de esas otras influencias misteriosas de la naturaleza; cuando en esos días me siento en la cima de algún desfiladero boscoso, rodeado por los troncos de los pinos caídos y recuerdo, como en un sueño, mis otros vagabundeos, tan distantes, en el corazón calcinado de las islas hechizadas; y recuerdo los súbitos reflejos de conchas oscuras y los largos y lánguidos cuellos que sobresalían de los raídos matorrales; y he contemplado nuevamente las rocas vítreas del interior, gastadas y acanaladas en profundos surcos por milenios y milenios del lento arrastrarse de las tortugas en busca de charcos con un poco de agua, difícilmente puedo resistir el sentimiento de que algún día dormí realmente en una tierra que sustentaba algún maleficio.

Pues entonces, que tal es la intensidad de mi recuerdo, o la magia de mi fantasía, que ya no sé si soy la víctima ocasional de una ilusión óptica en lo relativo a las Galápagos. Porque a menudo en escenas de regocijo público y especialmente en ágapes celebrados en viejas mansiones a la luz de candelabros de modo tal que las sombras son arrojadas a los rincones más recónditos de alguna habitación angular y amplia haciéndolas parecer la maleza embrujada de un bosque solitario, he llamado la atención de mis compañeros de diversión por mi mirada fija y por mi súbito cambio de semblante porque me parecía ver que surgía lentamente entre esas soledades imaginadas, y que se arrastraba pesadamente por el piso, el fantasma de una tortuga gigante, con la leyenda «Memento…» inscrita en letras ardientes sobre la caparazón.

SEGUNDO BOSQUEJO

Los dos lados de la tortuga

Las más feas formas y los aspectos más horribles
Que la misma Natura se espanta al ver
O bien se avergüenza de que defectos tan detestables
De su mano tan diestra hayan salido;
Allí todas son aterradoras imágenes de la deformación.

No es sorprendente que el hombre se asombre
Pues todo lo que en casa nos parece más horrible
Sólo son como las sabandijas que asustan a los chiquillos
En comparación con las criaturas que encierran estas islas.

Nada temas —dijo entonces el peregrino bien aconsejado–
Estos mismos monstruos no lo son en verdad
Sino que con estas formas horribles están disfrazados.

Y al blandir su báculo de gran virtud
Ese espantoso ejército velozmente huyó
A resguardarse en el seno de Tetis, donde aún sigue oculto.

Ante la descripción citada, ¿se puede sentir alegría frente a Las Encantadas? Sí: el asunto es encontrar un motivo de alegría y uno se sentirá alegre. Y, en realidad, como son de arpillera y cenizas, las islas tal vez no sean despiadadamente tenebrosas. Pues si bien ningún espectador puede negarles sus derechos a la más solemne y supersticiosa consideración, (así como mis más firmes resoluciones no pueden negarse a contemplar a la tortuga espectral cuando surge de su umbrosa guarida); sin embargo la tortuga, negra y melancólica como su lomo, tiene aún así un lado radiante: su coraza pectoral, que a veces es de un matiz amarillento pálido o dorado. Además, todos saben que tanto las tortugas de tierra como las de mar tienen una forma tal que, si uno las coloca sobre sus lomos, se deja expuesto su lado claro sin que los animales puedan por sí solos darse vuelta y mostrar el otro lado. Pero, después de haber hecho esto, y porque se lo ha hecho, uno no puede jurar que la tortuga no tiene un costado oscuro. Disfrute del color claro, manténgala continuamente patas para arriba si puede, pero sea honesto y no niegue lo negro. Tampoco podría quien no es capaz de voltear la tortuga y privarla de su posición natural a fin de ocultar su aspecto más oscuro y hacerle mostrar el más claro —como una gran calabaza de otoño al sol—, enunciar por esa causa que la criatura es claramente un manchón de tinta. La tortuga es, a la vez, negra y brillante. Pero, pasemos a los detalles.

Algunos meses antes de que descendiera por primera vez a tierra en una isla del grupo, mi barco bordeaba sus proximidades. Un mediodía nos encontramos a la altura de la Punta Sur de Albemarle y no muy lejos de la costa. En parte por capricho y en parte para echar un vistazo a un lugar tan extraño se envió a la isla un bote cuyos tripulantes tenían órdenes de ver todo lo que pudieran y, además, traer cuantas tortugas consiguieran transportar con

comodidad.

Al atardecer regresaron los aventureros. Yo miré hacia abajo por el costado alto del barco como si mirara por encima del borde de un pozo y confusamente vi el bote mojado, muy hundido en el mar, con una carga insólita. Se arrojaron sogas por la borda y al rato tres enormes tortugas de aspecto antediluviano eran depositadas, con esfuerzo, sobre cubierta. No parecían de la fauna terrestre. Nosotros habíamos estado navegando durante cinco largos meses, plazo suficiente para hacer que todas las cosas de la tierra adquieran matices fabulosos ante el espíritu soñador. Si en aquellos momentos hubieran subido a bordo tres aduaneros españoles es probable que yo los habría observado curiosamente, los habría palpado y admirado: más o menos como los salvajes agasajan a huéspedes civilizados. Pero en vez de tres aduaneros, tenemos estas tortugas realmente asombrosas —nada parecidas a las tortugas de barro que hacen los niños sino negras como ropa de viudo, pesadas como cofres enchapados y con enormes caparazones redondeados, y también mellados y abollados como escudos que han soportado batallas; hirsutas, asimismo, aquí y allá, con moho verde oscuro, y viscosas por la espuma del mar—. Estas asombrosas criaturas, que de repente habían sido trasladadas de noche desde inenarrables soledades a nuestra poblada cubierta, me afectaron de un modo tal que me es difícil explicar. Parecía que recién habían surgido desde las entrañas de la tierra. Claramente: parecían las mismísimas tortugas sobre cuyos lomos pone el hindú esta esfera entera. Con una linterna las examiné más detenidamente. ¡Qué reverencial y venerable era su aspecto! Y ese verdor mohoso que cubría las toscas hendiduras y curaba las fisuras de sus golpeados caparazones. Ya no veía tres tortugas, sino que se habían dilatado y transfigurado. Me pareció ver tres coliseos romanos en su espléndida decadencia.

Oh vosotros, los más viejos habitantes de ésta o cualquier otra isla —les dije—, os ruego que me deis acceso a vuestras tres ciudades amuralladas.

La gran sensación que estas criaturas inspiraban era la de antigüedad, la de una resistencia indefinida que se perdía en el tiempo. Y en verdad que haya otra criatura que pueda vivir y respirar tanto tiempo como la tortuga de Las Encantadas no es cosa fácil de creer. Aparte de su reconocida capacidad para sustentarse

aunque pase un año entero sin comer, considérese esa invencible coraza que es su cota de malla natural. ¿Hay algún otro ser corpóreo que posea semejante ciudadela que le permita resistir los embates del Tiempo?

Mientras, linterna en mano, raspaba entre el moho y contemplaba las viejas cicatrices de golpes recibidos en muchas caídas funestas entre las gredosas montañas de la Isla, cicatrices extrañamente dilatadas, medio borradas y deformadas como las que se hallan a veces en las cortezas de árboles antiguos, yo parecía un naturalista que estudiaba los rastros de pájaros y las marcas en pizarras desenterradas, que en su momento frecuentaron increíbles criaturas cuyos espectros ya no están.

Cuando esa noche reposaba en mi hamaca sentí pasar por sobre mi cabeza los tres corpulentos forasteros que se arrastraban con esfuerzo, por la cubierta llena de obstáculos. Su estupidez o su resolución era tan grande que, ante cualquier obstáculo, nunca se apartaban. Una cesó del todo sus movimientos justamente cuando empezó la guardia de medianoche. Al amanecer la encontré topada como un ariete contra la base inamovible del palo de trinquete y esforzándose todavía, con los dientes y las uñas, por superar el obstáculo imposible. Que estas tortugas sean las víctimas de un hechicero punitivo o maléfico, o tal vez decididamente diabólico, parece probable sobre todo cuando se toma en cuenta ese extraño entusiasmo por el esfuerzo inútil que tan a menudo se apodera de ellas. Las he visto, en sus correrías, arremeter heroicamente contra rocas y permanecer largo tiempo frente a ellas, topándose y retorciéndose, tratando de meter una cuña para moverlas y así poder seguir por su camino inflexible. La maldición que pesa sobre ellas culmina en su ineludible impulso a ir siempre derecho por un mundo plagado de escombros.

Por no haber dado con un obstáculo como el que enfrentó su compañera, las otras tortugas sólo tropezaron con pequeños desafíos —baldes, poleas y rollos de cabos— y a veces en el acto de superarlos arrastrándose resbalaban, con una sorprendente barahúnda hacia cubierta. Al escuchar aquellos movimientos y aquellos golpes me puse a pensar en el entorno que habitan: una isla llena de quebradas y cañadas resistentes, hundida insondablemente en el corazón de montañas astilladas y cubiertas

por millas y millas con enmarañados matorrales. Después imaginé a estos tres monstruos ostensibles retorciéndose siglo tras siglo a través de las sombras, torvos como herreros; arrastrándose tan lenta y pesadamente que no sólo podían crecer setas y hongos bajo sus patas sino que también sobre sus lomos brotaba un musgo con aspecto de hollín. Con ellos me perdí en meandros volcánicos; aparté innumerables ramas de maleza corrompida; hasta que finalmente en un sueño me encontré sentado, de piernas cruzadas, en primer lugar, con un brahmán montado del mismo modo a cada lado, formando un trípode de frentes que sostenía la cúpula universal.

Así fue la salvaje pesadilla que surgió de mi primera impresión de las tortugas de Las Encantadas. Pero a la noche, por más que parezca extraño, me senté con los otros tripulantes e hicimos una agradable cena de filetes y guiso de tortuga; y, acabada la comida, cuchillo en mano, nos abocamos a convertir los tres poderosos caparazones cóncavos en tres soperas insólitas y pulimos los tres cartílagos pectorales amarillentos para hacer con ellos tres bandejas estupendas.

TERCER BOSQUEJO

Roca redonda

Pues a esta la llaman la Roca del Ruin Reproche,
Lugar peligroso y temible,
Al cual ni pez ni ave nunca se acercaban,
Excepto los gritos de las gaviotas
cormoranes y aves de raza voraz,
Que todavía se posan a la espera en ese terrible arrecife.

Ante ello el mar incesante resonando con suavidad
En su gran base les respondió debidamente,
Y sobre la Roca, las olas rompiendo arriba
Solemnemente siguieron el ritmo,

Entonces el botero remó fácilmente,
Y le dejó escuchar una parte de esa rara melodía.

De repente un vuelo innumerable
De aves rapaces alrededor de ellos, aleteando, clamó,
Y con sus alas perversas a menudo los golpearon
Dejándolos doloridos, buscando a tientas en esa noche terrible.

Hasta toda la nación de desgraciadas
Y fatídicas aves en torno a ellos estaba en bandada.

Ascender por una alta torre de piedra no sólo es algo en sí mismo delicioso sino también la mejor de las maneras para lograr una visión de conjunto de las tierras que la rodean. Y tanto mejor si se trata de una torre que se eleva solitaria, sin par, como la misteriosa torre de Newport, como si fuese la única sobreviviente de un castillo destruido.

Ahora bien, en el caso de las Islas Encantadas, tenemos la fortuna de contar, precisamente, con tan noble punto de observación, representado por una roca muy notable, la cual, en razón de su singular apariencia, hace años fue bautizada por los españoles con el nombre de Roca Redonda. De unos 250 pies de altura, la Roca Redonda se eleva directamente del mar a unas diez millas de la costa, con todo el grupo montañoso al sur y al este, y ocupa, a gran escala, un lugar muy similar al del célebre Campanile, el campanario independiente de San Marcos, respecto del enredado grupo de edificios solemnes que lo rodean.

No obstante, ya antes de ascender para echarle una mirada a Las Encantadas, esta torre marina reclama la atención por derecho propio. Es visible a una distancia de treinta millas; y, completamente parte del hechizo que se impone en el grupo, cuando por vez primera se la ve desde lejos, invariablemente, se la confunde con una vela. A cuatro leguas de distancia, en un mediodía nebuloso y dorado, parece el navío de un almirante español, adornado con su velamen brillante. ¡Barco a la vista!, ¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista! desde los tres mástiles. Pero, si uno se acerca, la fragata encantada se transforma de repente en una torre abrupta.

Hice mi primera visita al lugar en el momento gris de la mañana. Con la idea de pescar, habíamos bajado tres botes y nos alejamos unas dos millas de nuestro barco, hasta que nos

encontramos, en el preciso momento en que estaba por romper el día, al borde de la sombra lunar de la Roca Redonda. Su aspecto era realzado, pero al mismo tiempo suavizado, por el extraño crepúsculo doble de la hora. La gran luna llena ardía en el bajo horizonte occidental como un farol al que ya le quedara poco combustible, dándole al mar un suave tinte similar al de las brasas a medianoche en la chimenea; en tanto, a lo largo de la totalidad del oriente el sol invisible enviaba pálidos indicios de su llegada. El viento era leve; las olas débiles; las estrellas parpadeaban con un tenue resplandor; toda la naturaleza parecía aletargada por la extensa vigilia y como en suspenso, en una espera agotadora del sol. Esta era la hora crítica para sorprender a la Roca Redonda en su mejor momento. La luz crepuscular era suficiente para develar cada uno de los puntos notables, sin por esto desgarrar la túnica sutil de lo maravilloso.

Desde una base muy similar a una escalera quebrada, que las olas bañaban como a los peldaños de un palacio acuático, la torre se elevaba, como si fuesen entabladuras por salientes, hasta una cumbre descarnada. Estas repisas uniformes, que integran la mole, constituyen su rasgo más original. Pues en sus líneas de confluencia se proyectan a nivel en salientes que forman círculos, desde la parte más baja hasta la más alta, elevándose la una sobre la otra en grupos calibrados. Y así como en los aleros de cualquier vieja abadía o de cualquier granero proliferan las golondrinas, así también podían encontrarse innumerables aves marinas en estas salientes de roca. Alero sobre alero y nido sobre nido. Aquí y allá aparecían largos regueros de excrementos de ave de un blanco espectral que manchaban la torre desde el mar hasta el aire y que fácilmente explicaban su apariencia de velamen desde lejos. Todo hubiera resultado extremadamente tranquilo, de no haber sido por el condenado estrépito que hacían las aves. No sólo era que pululaban en los aleros sino que también volaban por lo alto en espesas bandadas, desplegándose como un pabellón alado en movimiento constante. La torre es el refugio de las aves acuáticas en cientos de leguas a la redonda. Al norte, al este y al oeste no hay otra cosa que el océano eterno; de modo que el halcón fragata procedente de las costas de América del Norte, Polinesia o Perú, la primera tierra que toca es en Roca Redonda. Y sin embargo, por

más que Roca Redonda sea tierra firme, ningún pájaro terrícola se posó jamás en ella. ¡Imagínense allí un petirrojo o un canario! Qué caída en las garras de los filisteos cuando el pobre gorjeador se encontrara rodeado por estas tupidas bandadas de vigorosas aves bandidas, provistas de largos picos tan crueles como dagas.

No conozco otro lugar donde se pueda estudiar mejor que en Roca Redonda la historia natural de aves marinas exóticas. Se trata de la pajarera del océano. Aquí se posan aves que nunca tocaron mástil ni árbol; pájaros-ermitaños, que siempre vuelan solos; pájaros-nubes, familiarizados con regiones del aire nunca traspasadas.

Echemos primeramente un vistazo hacia la más baja de todas las salientes de roca, la cual es asimismo la más amplia y sólo está a corta distancia de la marca que deja la marea alta. ¿Qué seres estrafalarios son éstos? Erectos como hombres, pero por cierto no muy simétricos, permanecen junto a la roca como cariátides esculpidas que sostienen la siguiente fila de aleros. Sus cuerpos son toscamente deformes; sus picos, cortos; sus pies al parecer no tienen piernas; en tanto que los miembros a sus costados no son aletas, ni alas ni brazos. Y la verdad es que el pingüino no es pez, mamífero ni pájaro; y en cuanto comestible no corresponde al carnaval ni a la cuaresma, siendo sin excepción la criatura más ambigua y menos amable que hasta ahora haya sido descubierta por el hombre. Por más que chapotea en los tres elementos, y ciertamente posee algunos derechos básicos en cada uno de ellos, el pingüino no se encuentra a sus anchas en ninguno. En tierra, renguea; se mantiene a flote remando; en el aire bate las alas y se viene abajo. Como si este fracaso le provocase vergüenza, la Naturaleza mantiene oculta esta criatura desgarbada en los límites de la tierra en el estrecho de Magallanes y en el piso más bajo de Isla Redonda.

Pero, observen: ¿qué son allá esos desconsolados regimientos que se exhiben, más arriba, en la próxima saliente de roca? ¿Qué tropa de grandes aves extrañas se trata? ¿Quiénes son estos Frailes de la Orden Gris? Pelícanos. Sus picos extendidos y las pesadas bolsas de cuero que cuelgan de ellos les dan una apariencia sumamente lúgubre. De raza meditabunda, permanecen durante horas sin moverse. El plumaje gris opaco les impone un aspecto como si los hubieran cubierto de ceniza. Como es realmente un ave

que hace penitencia, es natural que frecuente las playas cubiertas de lava de Las Encantadas, en las que el atormentado Job bien podría haberse sentado a flagelarse.

Si levantamos más la vista ahora podemos ver al albatros gris, por anomalía así llamado, pues es un pájaro desabrido sin nada de poético, a diferencia de su renombrado congénere, ese fantasma níveo de los hechizados cabos de Esperanza y Hornos.

A medida que seguimos ascendiendo de escaño en escaño, encontramos a los inquilinos de la torre alineados, según su tamaño: bubias, otras aves negras y con pintas, chovas, gallinas de mar, pájaros balleneros, gaviotas de todas las variedades: tronos, principados y poderes que dominan los unos sobre los otros, emplazados como en un senado; en tanto que, esparcido por doquier, como una mosca que se repite en una gran tela bordada, el petrel de las tormentas o pollo de la Madre Cary emite continuamente su desafío y su alarma. Que este misterioso colibrí del océano —el cual, con sólo poseer un tinte más brillante casi podría, a raíz de su movediza energía, ser llamado su mariposa, pese a que su gorjeo bajo la popa es tan ominoso para los marineros como para el campesino el rechinamiento lúgubre que suena tras la viga de la chimenea— tenga a Las Encantadas como su lugar predilecto, de alguna forma contribuye a darle, en el alma del marino, su triste encanto.

A medida que avanza el día incrementa el estrépito disonante. Con chillidos que parten los tímpanos las aves celebran sus maitines. A cada momento bandadas se zambullen desde la torre y se unen al coro aéreo que revolotea por lo alto, en tanto que sus lugares son cubiertos por miríadas que se lanzan a ellos. Pero, a través de toda esta conmoción discordante, oigo notas claras y estridentes, semejantes al sonido de un clarín, que caen sin interrupción como líneas oblicuas de una lluvia sesgada en el diluvio de un aguacero. Miro hasta muy alto y entonces advierto una cosa angelical, blanca como la nieve, con una larga pluma que le surge de atrás como una lanza. Es el lustroso e inspirador chanticler del océano, esa bellísima ave que por su incitante silbido de invocación musical ha sido con justicia denominado el «Segundo Contramaestre».

La vida alada que cubre como una nube a Roca Redonda tiene

su contrapartida en los huéspedes con aletas que pueblan las aguas en su base. Por debajo de la línea del agua, la roca parecía un colmenar de grutas, las cuales proporcionaban laberínticos escondites para enjambres de peces fabulosos. Todos ellos eran extraños; muchos, extremadamente bellos y bien podrían haber engalanado los más valiosos recipientes de vidrio en que se exhiben peces de colores. Nada resultaba más sorprendente que la absoluta novedad de muchos especímenes en esta aglomeración. Había matices de colores nunca antes pintados y formas todavía sin haber sido grabadas.

Para poner en evidencia la cantidad, la avidez y la audacia así como la mansedumbre inaudita de estos peces, permítaseme señalar que a menudo, observando a través de espacios claros de agua —momentáneamente en este estado a causa de los rápidos movimientos concéntricos de los peces para llegar a la superficie— a algunas criaturas más grandes y menos incautas, las cuales nadaban lentamente y en profundidad, nuestros pescadores intentaron prudentemente hacer llegar sus sedales hasta estos últimos. Pero era inútil intentar atravesar la región superior. No bien el anzuelo tocaba el mar, un centenar de infatuados se disputaba el honor de ser capturados. ¡Pobres peces de Roca Redonda! En vuestra confianza de víctimas pertenecéis al número de aquellos que sin pensarlo confían, sin comprenderla, en la naturaleza humana.

Pero ya el amanecer le ha dejado el paso al pleno día. Una bandada detrás de otra, las aves marinas se alejan en busca de su alimento, que hurgarán en las profundidades. La torre ahora queda solitaria, salvo los peces en las cavernas, que están en su base. Los excrementos de los pájaros brillan en los rayos dorados como los muros blanqueados de un faro muy alto o como las velas solemnes de un crucero. En este momento, qué duda cabe, en tanto que nosotros ya sabemos que se trata de una roca desierta, otros viajeros están jurando que debe ser una nave espléndida y bulliciosa.

Pero, manos a las sogas y comencemos a subir. Por más que parece suave, no es fácil.

CUARTO BOSQUEJO

Una visión mosaica desde la roca

Una vez hecho eso, le conduce hasta el monte más alto
y desde allí, a lo lejos le muestra:

Si usted procura escalar Roca Redonda, siga las siguientes indicaciones. Dé tres vueltas al mundo en el sobrejuanete mayor de la fragata más alta que está en navegación; luego haga uno o dos años de aprendizaje con los guías que conducen forasteros al pico de Tenerife; y otros tantos más con un bailarín de cuerda floja, un saltimbanqui y una gamuza. Una vez hecho esto, venga y sea recompensado con la vista que tendrá desde nuestra torre. Cómo llegamos allí, sólo nosotros lo sabemos. Si tratáramos de decírselo a otros, ¿cuánto más sabios llegarían a ser? Deberá alcanzar con decir que usted y yo estamos aquí en la cima. ¿Tiene el hombre que viaja en globo o el que observa desde la luna una visión más amplia del espacio? Uno se imagina que más o menos así es como se ve el universo desde las celestiales murallas almenadas de Milton. Un Kentucky acuático sin límites. Aquí Daniel Boone hubiera habitado con agrado.

Por el momento no se preocupe más allá del Distrito Quemado de las Islas Encantadas. Mire de costado, por decirlo de alguna manera, más allá, hacia el sur. Usted no ve nada; pero, permítame señalarle la dirección, ya que no el lugar, de ciertos objetos interesantes en el vasto mar, que mientras besan la base de esta torre, vemos desplegarse hacia el Polo Antártico.

Ahora nos encontramos a diez millas del Ecuador. Más allá, a unas seiscientas millas hacia el este se encuentra el continente; pues esta Roca está casi exactamente en el paralelo de Quito.

Observe otra cosa aquí. Estamos en uno de los tres grupos deshabitados que, a distancias casi similares del continente, montan guardia, a largos intervalos entre sí, sobre la costa entera de América del Sur. Además, de modo peculiar marcan el límite del carácter de la tierra sudamericana. De las innumerables cadenas polinesias que hay hacia el Occidente, ninguna comparte las

cualidades de Las Encantadas o Galápagos, las islas de San Félix y San Ambrosio, y las islas de Juan Fernández y Más Afuera. De las primeras, no es necesario hablar aquí. Las segundas están un poco por encima del Trópico Meridional; son rocas elevadas, inhóspitas e inhabitables, una de ellas presenta dos montículos redondos conectados por un arrecife bajo que se parece exactamente a un enorme perdigón de dos cabezas. Las últimas están en la latitud de 33.º; altas, desiertas y partidas. La Isla de Juan Fernández es suficientemente conocida sin que sea necesaria otra descripción. En español, Massafuero[2] significa que la isla así llamada se encuentra *más afuera*, es decir, más alejada del continente que su vecina Juan Fernández. Esta Isla de Más Afuera presenta un aspecto muy imponente a una distancia de ocho o diez millas. Si uno se aproxima a ella desde una dirección, con el tiempo nublado, la gran altura que sobresale y su contorno irregular, así como más particularmente el peculiar declive que tienen sus anchas cumbres, le dan un aspecto muy parecido al de un enorme témpano que viaja a la deriva con gran elegancia. Sus costados están partidos por sombrías hendiduras cavernosas, como sería una antigua catedral con sus lúgubres capillas laterales. Si uno se aproxima a una de estas gargantas desde el mar, después de un largo viaje, y observa a algún forajido andrajoso, que con su cayado en la mano, desciende por las rocas empinadas en dirección a uno, el amante de lo pintoresco sentirá una emoción muy extraña.

En distintas oportunidades, cuando nos alejábamos de los barcos para salir a pescar, he tenido ocasión de visitar cada uno de estos grupos. La impresión que ofrecen al viajero que se aproxima en bote a sus arrecifes amenazadores es que sin duda él es su primer descubridor, tales son, casi siempre, el silencio y la soledad incomparables… Y, de paso, sería bueno mencionar la manera en que realmente llegaron por vez primera a estas islas los europeos, en particular si uno considera que lo que se va a decir se aplica igualmente al hallazgo original de nuestras Encantadas.

Antes del año de 1563, los viajes que realizaban las naves españolas de Perú a Chile estaban llenos de dificultades. En general, a lo largo de esta costa, dominan los vientos del sur; y había sido una costumbre inalterable mantenerse cerca de tierra, debido a una noción supersticiosa que los españoles sostenían: que, en caso de

perderla de vista, el eterno viento alisio los arrastraría a aguas infinitas de las que no habría retorno. Aquí, metidas entre sinuosos cabos y puntas, bancos de arena y escollos, dando, asimismo, contra un continuo viento de frente, a menudo liviano, y a veces durante días y semanas sumido en calma chicha, las naves provincianas sufrían, en muchos casos, las penurias más extremas en travesías que hoy en día parecen haber sido increíblemente prolongadas. En algunos registros de desastres náuticos consta el caso de uno de estos barcos, que zarpó para efectuar un viaje cuya duración se calculaba en diez días, permaneció cuatro meses en el mar y, por cierto, nunca volvió a puerto, pues al final naufragó. Por singular que resulte al contarlo, esta embarcación nunca encontró una tempestad sino que fue el acongojado pelele de calmas y corrientes maliciosas. Después de agotar tres veces sus provisiones, volvió a un puerto intermedio e inició nuevamente la travesía, pero sólo para regresar otra vez. Frecuentes nieblas la envolvieron, de modo que era imposible observar su posición, y una vez, cuando toda la tripulación esperaba con júbilo el momento de ver el punto de llegada, hete aquí que las brumas se disipan y revelan las montañas de donde habían partido en un principio. En medio de las brumas tan engañosas, por último la embarcación chocó contra un arrecife; tras lo cual se sucedió una larga serie de calamidades que resulta demasiado triste detallar.

Fue el célebre piloto Juan Fernández, inmortalizado por la isla que lleva su nombre, quien puso fin a estas tribulaciones costeras al llevar a cabo el experimento —como Vasco Da Gama lo hiciera, con respecto a Europa, antes que él— de mantenerse bien alejado de tierra. Así encontró los vientos favorables para navegar hacia el sur, y sin toparse con los alisios, volvió a encontrar la costa sin dificultad; así pudo realizar una travesía que, si bien fue bastante tortuosa, demostró ser más expeditiva que la que era supuestamente directa. Fue en este trayecto y alrededor del año 1670 cuando se descubrieron las Islas Encantadas y el resto de los grupos centinelas, como se los puede llamar. Si bien no conozco ninguna relación que registre si había habitantes en alguna de ellas, la conclusión es que se trata de soledades inmemoriales. Pero volvamos a la Roca Redonda.

Al sureste de nuestra torre se encuentra la Polinesia, a cientos de

leguas de distancia; pero si uno se dirige hacia el oeste, por la línea precisa de su paralelo, no hay tierra hasta que la quilla toque los Kingmills[3], un bonito viaje de, digamos, unas 5000 millas.

Así, como hemos establecido nuestro lugar en el océano, con estas referencias distantes que en el caso de Roca Redonda son las únicas posibles, podremos considerar objetos que no sean tan remotos. Observemos las amenazadoras y calcinadas Islas Encantadas. Este promontorio más próximo, en forma de cráter, es parte de Albemarle, la más grande del grupo, pues tiene unas sesenta millas o más de largo y quince de ancho. ¿Alguna vez posó usted la vista en el Ecuador genuino, en el verdadero? ¿Alguna vez, en el sentido más amplio de la expresión, ha puesto usted el pie sobre la Línea? Y bien: ese promontorio con forma de cráter que está ahí, todo de lava amarilla, está cortado por el Ecuador de la misma forma en que un cuchillo corta por el centro un pastel de calabaza. Si sólo pudiera ver hasta allí, justamente a un costado de ese mismo promontorio, a través de aquel terreno bajo y acanalado, sus ojos tropezarían con la Isla de Narborough, la tierra más elevada del grupo; en ella no existe tierra cultivable; de arriba a abajo es pura escoria agrietada; abundante en cavernas ennegrecidas como forjas; al pisarla, su playa metálica suena como láminas de hierro; y sus volcanes centrales están agrupados como una gigantesca chimenea. Narborough y Albemarle son vecinas de un modo curiosísimo. Un diagrama ejemplificador mostrará mejor esta extraña vecindad:

Córtese un canal en la juntura de la letra que hay arriba y el miembro transversal del medio es Narborough y todo el resto es Albemarle. La volcánica Narborough yace entre las negras fauces de Albemarle como la lengua roja de un lobo en su boca abierta.

Si lo que ahora desea es conocer la población de Albemarle, le voy a dar, en números redondos, las estadísticas, de acuerdo con los cómputos más dignos de confianza, realizados sobre el terreno:

Hombres	ninguno
Osos hormigueros	desconocidos
Enemigos del hombre	desconocidos
Lagartos	500.000
Víboras	500.000
Arañas	10.000.000
Salamandras	desconocidos
Diablos	desconocidos
Lo cual suma un total de	11.000.000

con exclusión de una multitud incalculable de demonios, osos hormigueros, enemigos del hombre y salamandras.

Albemarle abre su boca hacia el sol poniente. Sus fauces dilatadas forman una gran bahía que Narborough, su lengua, divide en mitades, una de las cuales se llama Bahía de Barlovento y la otra Bahía de Sotavento; en tanto, que los promontorios volcánicos, en los que culminan sus costas, son denominados Punta del Sur y Punta del Norte. Señalo esto porque estas bahías son famosas en los anales de la caza del cachalote. En determinadas estaciones, los cachalotes vienen aquí a parir. Me cuentan que cuando los barcos empezaban a navegar en las proximidades, solían bloquear la entrada de la Bahía de Sotavento y sus botes, dando una vuelta por la Bahía de Barlovento, pasaban a través del canal de Narborough, de modo que así tenían a los leviatanes muy limpiamente metidos en un corral.

Al día siguiente de nuestra pesca en la base de esta Torre Redonda, tuvimos buen viento y pasando rápidamente alrededor del promontorio del norte, súbitamente pudimos ver una flota de unos treinta barcos, barloventeando todos como un escuadrón en formación. Un espectáculo muy impactante. Un acuerdo sumamente armonioso de quillas impetuosas. Sus treinta sobrequillas zumbaban como treinta cuerdas de arpa y se mostraban igualmente rectas

mientras dejaban sus huellas paralelas al mar. Pero resultó que había demasiados cazadores para la presa. La flota se dispersó y por diferentes rutas se perdieron de vista; los únicos que quedaron fueron mi propia nave y dos elegantes caballeros de Londres. Estos últimos, al comprobar que tampoco tenían suerte, asimismo desaparecieron; y la Bahía de Sotavento, volvió a nuestras manos, con todas sus pertenencias y sin un solo rival.

El modo de navegar aquí es el siguiente. Uno se mantiene rondando por la boca de la bahía, entrando y saliendo una y otra vez. Pero a veces —no siempre, como ocurre en otras partes del grupo de islas— una corriente rápida pasa a través de su embocadura. De modo que, con las velas desplegadas, uno vira. Cuántas veces, desde el palo de trinquete, al amanecer, con nuestra paciente proa apuntando al medio de estas islas, demoré la vista en esta tierra, que no es de terrones sino de escoria, no de torrentes de agua cristalina sino de corrientes detenidas de atormentada lava.

Cuando el barco entra desde mar abierto, Narborough se presenta de un lado en una oscura masa rocosa que se eleva hasta unos cinco o seis mil pies, y a esa altura se oculta entre pesadas nubes, cuyo pliegue inferior se define tan claramente contra las rocas como la línea de la nieve contra los Andes. Mientras tanto, espantosos perjuicios ocurren en aquella oscuridad allá arriba. Los demonios del fuego, a intervalos, iluminan las noches con extraños resplandores espectrales por millas y millas a su alrededor, pero sin que a esto lo acompañe ninguna otra demostración; o si no, repentinamente se anuncian mediante tremendas sacudidas y el absoluto dramatismo de una erupción volcánica. Cuanto más negra es de día esa nube, más luces se verán por la noche. A menudo los balleneros se han encontrado navegando cerca de esa montaña ardiente cuando estaba fulgurante con todo el brillo de un salón de baile. O por otro lado, también se podría decir que esta misma isla vítrea de Narborough es una cristalería, con sus chimeneas altas.

Aquí donde todavía nos encontramos, en Roca Redonda, no se pueden ver todas las otras islas, pero es un buen lugar desde el cual indicar dónde están. Más allá, sin embargo, al E.N.E., observo una oscura cadena de cerros. Se trata de la Isla de Abington, una de las más septentrionales del grupo; tan solitaria, remota y vacía, vista desde nuestra playa septentrional da la impresión de ser la Tierra de

Nadie. Dudo que dos seres humanos hayan posado alguna vez sus pies en ese sitio. En lo que concierne a la Isla de Abington, Adán y sus miles de millones de descendientes aún no han sido creados.

Al sur de Abington, y absolutamente fuera del alcance de la vista, pues está detrás del largo espinazo de Albemarle, se encuentra la Isla de James, así llamada por los primeros bucaneros en homenaje al desafortunado Estuardo, duque de York. Obsérvese aquí, de paso, que si se exceptúan las islas que han sido vistas en tiempos relativamente recientes, y las cuales recibieron casi siempre los nombres de famosos almirantes, Las Encantadas fueron bautizadas inicialmente por los españoles; pero, por lo general, estos nombres españoles fueron borrados de los mapas ingleses debido a los posteriores bautizos por los bucaneros, quienes, a mediados siglo XVII, les dieron nombres de miembros de la nobleza y de monarcas ingleses. Sobre estos leales saqueadores y las cosas que asocian su nombre con Las Encantadas voy a relatar algo pronto. Mejor dicho, si de un asunto pequeño se trata, lo haré inmediatamente; pues entre la Isla de James y Albemarle se encuentra un fantástico islote, conocido extrañamente con el nombre de «Isla encantada de Cowley». Como se estima que todo el grupo está encantado, corresponde explicar el motivo de este hechizo dentro de otro hechizo que implica esta designación especial. El nombre le fue dado por el propio bucanero, ese excelente individuo que era Cowley, en ocasión de su primera visita allí. Cuando habla de este lugar en sus viajes publicados, dice: «Por capricho se me ocurrió llamarla Isla encantada de Cowley, pues como la vi desde diversos puntos de la brújula, aparecía siempre en otras tantas formas diferentes: a veces como una fortificación en ruinas, desde otro punto como una gran ciudad», etcétera. No es asombroso, por lo tanto, que entre Las Encantadas se encuentre todo género de engaños visuales y espejismos.

Que Cowley asociara su nombre con esta isla transformista y burlona sugiere la posibilidad de que ella le comunicara cierta imagen reflexiva de sí mismo. Por lo menos, cosa que no es imposible, si él era más o menos pariente de Cowley, el poeta suavemente reflexivo y crítico de sí mismo, quien vivió por sus mismos tiempos, la vanidad podría parecer justificable; pues el género de cosa que se evidencia en la denominación de la isla es

algo que corre por la sangre y se lo puede hallar en piratas tanto como en poetas.

Todavía más al sur de la Isla de James se encuentran la Isla de Jervis, la Isla de Duncan, la Isla de Crossman, la Isla de Brattle, la Isla de Wood, la Isla de Chatham y varias otras islas menos importantes, que en su mayor parte constituyen un archipiélago de arideces, sin habitantes, historia o esperanza de una u otra cosa en todo tiempo futuro. Pero no lejos de ellas se encuentran unas islas bastante notables: las de Barrington, Charles, Norfolk y Hood. Los capítulos siguientes revelarán los motivos que las hacen notables.

QUINTO BOSQUEJO

La fragata y el barco inconstante

Mirando muy a lo lejos en el ancho océano
Un vistoso barco hermosamente adornado con banderas
Y el pendón en su juanete pude observar,
Que a través de alta mar emprendía su alegre vuelo.

Antes de partir de Roca Redonda no hay que olvidar mencionar que aquí, en 1813, la fragata norteamericana *Essex* al mando del capitán David Porter, estuvo a punto de sucumbir. Yacía en calma una mañana, con una poderosa corriente que la empujaba rápidamente hacia la roca, cuando avistó una embarcación extraña, la cual — para no desentonar con los hechizos atribuidos a las inmediaciones — parecía sacudida por un viento violento, en tanto que la fragata permanecía inerte como si estuviera encantada. Pero, habiéndose levantado un viento ligero, la fragata se dirigió a toda velocidad a la caza del enemigo, según lo suponía (pues se estimó que se trataba de un barco ballenero inglés); pero la rapidez de la corriente era tan grande que pronto lo perdió de vista por completo; y, al mediodía, la fragata *Essex*, a pesar de sus rastras, había sido impulsada tan cerca de los arrecifes batidos por la espuma que, por un momento, toda la tripulación dio por perdida la nave. Sin embargo, una brisa muy viva la ayudó a salir por fin del peligro, si bien la escapada fue tan ardua que pareció poco menos que milagrosa.

Dado que se salvó de la destrucción, la fragata decidió hacer uso de esa salvación para intentar destruir al otro barco. Renovó la cacería en la dirección en que el desconocido había desaparecido, y lo volvió a avistar a la mañana siguiente. Al ver que lo habían descubierto, enarboló bandera norteamericana y se mantuvo alejado de la *Essex*. Por entonces el viento ya se había calmado y el capitán Porter, convencido aún de que se trataba de una embarcación inglesa, despachó una balandra, no con el objeto de abordar al enemigo sino para hacer retroceder sus botes, entregados a la faena de remolcarlo. La balandra logró su objetivo. Otras balandras se despacharon seguidamente a fin de capturar el barco, que ahora mostraba los colores ingleses en vez de los norteamericanos, pero, cuando los botes de la fragata se hallaron a

corta distancia de la presa codiciada, se levantó otra súbita brisa; el desconocido, a toda vela, se alejó hacia el oeste y, antes de que llegara la noche, había puesto bastante distancia, en tanto que la *Essex* permanecía todo el tiempo en una perfecta calma.

Esta embarcación enigmática —norteamericana por la mañana e inglesa por la tarde, viento en popa en medio de la calma— no fue vista nunca más. Se trataba, sin duda, de un barco encantado. Eso es, por lo menos, lo que juraban los marineros.

Esta travesía de la fragata *Essex* por el Pacífico durante la guerra de 1812 es, acaso, la más extraña y sorprendente que pueda encontrarse en la historia de la armada norteamericana. Capturó las embarcaciones que navegaban por los rumbos más alejados; visitó las islas y los mares más remotos; rondó largo tiempo por las proximidades hechiceras del grupo encantado; y, por último entregó valientemente el espíritu en combate contra dos fragatas inglesas en el puerto de Valparaíso. Se hace aquí mención de ella por el mismo motivo que hará dar cabida también a los bucaneros en este relato; pues, como ellos, que navegaron largamente entre las islas, cazaron tortugas sobre sus playas y, en general, las exploraron, por éstas y otras razones la fragata *Essex* está particularmente ligada a Las Encantadas.

Es necesario consignar aquí que sólo se cuenta con tres testigos oculares y autorizados que merecen ser mencionados en lo que concierne a las Islas Encantadas: el bucanero Cowley (1684), el explorador ballenero Colnet (1798), y nuestro capitán Porter (1813). Fuera de éstos, sólo se encontrarán alusiones estériles y sin fundamento en los escritos de unos cuantos viajeros o compiladores.

SEXTO BOSQUEJO

La Isla de Barrington y los bucaneros

Y que en adelante se vea con desdén toda servil y baja sujeción
y puesto que somos hijos de la tierra tan ancha,
Dividámonos la herencia de nuestro padre,
Atribuyéndonos las porciones que nos corresponden
De todo el patrimonio, que ahora unos cuantos
Se guardan en reserva entre sus manos.

Señores del mundo, y así vagaremos libremente
En todas partes escuchados, exentos de todo control.

¡Cuán valientemente vivimos ahora, cuán joviales,
cuán cerca de la primera herencia,
cuán libres de pequeñas preocupaciones!

Hace casi dos siglos la Isla de Barrington fue el refugio de esa famosa ala de los bucaneros de las Indias Occidentales que, al ser rechazados de las aguas cubanas, cruzaron el istmo de Darién, asolaron las colonias españolas que bordeaban el Pacífico y, con la regularidad y la puntualidad de un correo moderno, asaltaron los galeones del tesoro real que iban y venían entre Manila y Acapulco. Tras la dura labor de la piratería, allí iban a decir sus oraciones, y gozar de sus ocios, a contar sus cohetes en los cascos, sus doblones en los barriles y a medir sus sedas asiáticas con largas hojas de Toledo en vez de varas.

Como refugio seguro, como escondite inhallable, ningún sitio podría haber sido más apropiado en aquel tiempo. En el medio de un mar vasto y silencioso, pero muy rara vez surcado —rodeado por islas cuyo aspecto inhospitalario bien podría hacer alejarse al ocasional navegante— y no obstante a unos pocos días de navegación de las tierras opulentas que tenían como presa, los bucaneros, sin ser molestados, encontraban allí esa tranquilidad que por su parte ellos negaban ferozmente a todos los puertos civilizados de esa parte del mundo. Allí, después de soportar los embates del tiempo o una momentánea azotaina en manos de sus enemigos vengativos, o bien tras un rápido escape con su dorado botín llegaban estos antiguos merodeadores y descansaban muy cómodamente, alejados de cualquier peligro. Pero este lugar no sólo era un puerto seguro y un viñedo de holgura sino que por su utilidad para otras cosas resultaba también sumamente notable.

En muchos aspectos, la Isla de Barrington se adapta singularmente a las tareas de carenaje, reparaciones y aprovisionamiento, entre otras que son propias de la vida del hombre de mar. No sólo cuenta la isla con buena agua y buenos fondeaderos, bien al abrigo de todos los vientos debido a las tierras

altas de Albemarle, sino que también es la menos improductiva entre las islas del grupo. Abundan las tortugas que sirven para comer, los árboles para combustible y las hierbas frondosas para una cama cómoda, y asimismo hay agradables paseos y diversos paisajes que valen la pena ser vistos. Si bien por su ubicación pertenece al grupo de Las Encantadas, la Isla de Barrington es tan diferente de la mayoría de sus vecinas que difícilmente se le podría reconocer un parentesco con ellas.

«Una vez desembarqué sobre su costado occidental», contaba un viajero sentimental hace tiempo, «donde enfrenta el contrafuerte negro de Albemarle». Me paseé entre bosquecillos de árboles que son muy altos y que por cierto no son ni palmeras, ni naranjos o perales, pero que, después de todo, tras mucho navegar resultan un paseo muy agradable, por más que estos árboles no den frutos. En espacios apacibles en la cima de los claros y sombreadas cumbres de cuestas que dominan el escenario más sosegado, ¿qué creéis que vi? Bancos que bien podrían haber servido para brahmanes y presidentes de sociedades pacifistas. Hermosas ruinas de lo que en otro tiempo fueran simétricos asientos de piedra y césped, presentaban todas las características del trabajo artificial y del paso del tiempo y, sin duda, fueron hechos por los bucaneros. Uno de ellos había sido un gran sofá, con respaldo y brazos; exactamente un sofá que le habría gustado al poeta Gray para echarse en él, con su Crébillon en la mano.

»Si bien los bucaneros se demoraban aquí a veces durante meses y usaban el lugar para el almacenamiento de mástiles, velas y cascos de repuesto, con todo es sumamente improbable que los bucaneros llegaran a levantar casas en la isla. Nunca permanecían aquí excepto mientras se quedaban sus naves y lo más probable es que durmieran a bordo. Menciono esto porque no puedo evitar pensar que es difícil atribuir la construcción de estos románticos asientos a otro motivo que una pura tranquilidad y gentil camaradería con la naturaleza. Que los bucaneros perpetraron los peores atropellos es cosa muy cierta y que algunos de ellos eran meros asesinos es algo que no se puede negar; pero también sabemos que, de vez en cuando, entre sus huestes aparecía un Dampier, un Wafer y un Cowley, e igualmente otros hombres cuyo peor vicio era la desesperación ante los embates de la fortuna;

hombres a quienes la persecución, la adversidad o agravios secretos e irreparables los habían apartado de la sociedad cristiana en busca de la soledad melancólica o de las censurables aventuras del mar. De todas formas, en tanto que perduren esas ruinas de los bancos en Barrington, se contará con los monumentos más singulares para demostrar que no todos los bucaneros eran monstruos implacables.

»Pero, durante mi recorrida por la isla no tardé en descubrir muestras de cosas, en armonía con esos rasgos feroces que por lo general se le imputan, y no cabe duda que bastante acertadamente, al conjunto de los filibusteros. Si hubiera encontrado viejas velas y aros herrumbrados, sólo habría pensado en el carpintero y tonelero del barco. Pero encontré viejos machetes y dagas reducidos a meras hilachas de herrumbre, los cuales, sin lugar a dudas, en algún momento estuvieron clavados entre costillas españolas. Estas eran señales del asesino y del ladrón; y el juerguista también había dejado su huella. Entremezclados entre las conchas, aquí y allá aparecían fragmentos de cántaros rotos, en la superficie de la playa. Eran el tipo de cántaro que en la actualidad se usa en la costa española para el vino y el aguardiente de Pisco.

»Con un herrumbrado fragmento de puñal en una mano y un pedazo de cántaro para vino en la otra, me senté en el ruinoso sofá verde del que he hablado y medité en extenso y profundamente sobre estos bucaneros. ¿Sería posible que un día robaran y asesinaran, se entregaran a la orgía al siguiente y al tercer día descansaran, convirtiéndose en filósofos meditabundos, poetas bucólicos y constructores de divanes? Después de todo, no era tan improbable. Porque hay que considerar las vacilaciones de un hombre. Además, por extraño que parezca, debo atenerme al pensamiento más caritativo, a saber, que entre estos aventureros existían algunos espíritus caballerescos y sociables, capaces de una apacibilidad y una virtud genuinas».

SÉPTIMO BOSQUEJO

La Isla de Charles y el rey de los perros

Así, con atroz alarido,
Un millar de villanos alrededor suyo se apiñó,
Viniendo de las rocas y cavernas aledañas;
Pícaros redomados, entre viles y desesperados, deformes y harapientos;
Todos amenazando de muerte, extrañamente armados;
Unos con formidables garrotes, otros con largas lanzas,
Otros con cuchillos herrumbrados y
otros con hierros calentados al fuego.

No tendremos ninguna ocupación,
Que los viles vasallos, nacidos con mezquina vocación
Se afanen en el mundo y por vivir se agoten,
Ya que no tienen ingenio para vivir sin esfuerzo.

Al suroeste de Barrington se encuentra la Isla de Charles. Y aquí viene a cuento una historia que recogí hace mucho de un compañero de a bordo, conocedor de las cosas de la vida aventurera.

Durante la rebelión, coronada por el éxito, de las colonias españolas contra la vieja España, cierto aventurero criollo procedente de Cuba luchó a favor de Perú, y por su coraje y su buena fortuna con el tiempo llegó a alcanzar un alto rango en el ejército patriota. Una vez que terminó la guerra, Perú se encontró, al igual que muchos valerosos caballeros, bastante libre e independiente pero con poca munición en la alacena. En otras palabras, Perú no tenía lo necesario para pagar a sus tropas. Pero el criollo —no recuerdo su nombre— propuso voluntariamente que le pagaran con tierras. De modo que le dijeron que podía escoger lo que quisiese en las Islas Encantadas, las que entonces eran —y siguen siendo— dependencia nominal de Perú. Al punto se embarca el soldado para allí, explora el grupo, vuelve al Callao y declara que aceptará una escritura de donación de la Isla de Charles. Además, en esta escritura deberá estipularse que en adelante la Isla de Charles es no sólo propiedad exclusiva del criollo sino que para siempre queda libre de Perú, lo mismo que Perú de España. En pocas palabras, este aventurero procura que lo hagan en realidad Señor Supremo de la Isla, uno de los príncipes de las potencias de la tierra[4].

Enseguida el criollo lanza una proclama por la que invita súbditos a su aún despoblado reino. Unas ochenta almas, entre hombres y mujeres, responden al llamado y aprovisionados por su jefe con lo necesario, y con herramientas de distintos tipos, junto con unas cabezas de ganado y cabras, se embarcan rumbo a la tierra prometida y antes de zarpar, el propio criollo es el último en subir a

bordo, acompañado, cosa extraña, de una disciplinada compañía de caballería formada por corpulentos y aterradores perros. Estos animales, según se pudo observar en el curso de la travesía, se negaban a mezclarse con los emigrantes y permanecían aristocráticamente agrupados en torno a su amo, en lo alto del alcázar, echando miradas desdeñosas hacia la chusma relegada abajo, más o menos como los soldados de una guarnición contemplan, desde las almenas, a la oscura masa ciudadana a la que deben vigilar en una población recién conquistada.

Ahora bien, la Isla de Charles no sólo se asemeja a la de Barrington en lo de ser mucho más habitable que las otras integrantes del grupo sino que también tiene el doble de tamaño de la Isla de Barrington, más o menos un radio de cuarenta o cincuenta millas.

Una vez que desembarcó sin problemas el contingente, bajo la dirección de su jefe y señor, procedió enseguida a levantar la ciudad capital. Hacen considerables adelantos en materia de muros de escoria y pisos de lava, pulcramente espolvoreados con cenizas. En las colinas menos estériles pastorean el ganado vacuno, en tanto que las cabras, aventureras por naturaleza, exploran las apartadas soledades isleñas en busca de un magro sustento a base de hierbas. Mientras tanto, la abundancia de peces y tortugas satisface las demás necesidades.

Los desórdenes relacionados con el poblamiento de toda región primitiva en este caso se vieron acentuados por el carácter singularmente insumiso de muchos de los peregrinos. Finalmente, su Majestad se vio obligada a proclamar la ley marcial y le dio caza y mató a tiros por mano propia a varios de sus súbditos rebeldes, quienes, con las más dudosas intenciones, habían acampado en el interior clandestinamente, de donde salían, furtivos, por la noche para rondar descalzos y sigilosos en torno del recinto del palacio de lava. Sin embargo, corresponde mencionar que antes de adoptar medidas tan drásticas los hombres más dignos de confianza habían sido escogidos juiciosamente para armar un cuerpo de guardaespaldas, cuya caballería estaba representada por el elemento canino. Pero el estado político de esta desgraciada nación puede más o menos imaginarse cuando se considera que aquellos que no estaban en el cuerpo de guardaespaldas eran claramente

conspiradores y malignos traidores. Por último la pena de muerte quedó tácitamente abolida debido a la oportuna reflexión de que si entre súbditos semejantes fuera a hacerse una estricta justicia de deportista, a poco este rey Nimrod tendría que abstenerse de cazar por falta de presas. El componente humano del cuerpo de guardaespaldas fue disuelto, y se lo puso a cultivar el suelo y sembrar papas. Ahora el ejército regio estaba constituido únicamente por el regimiento perruno. Estos animales, por lo que tengo oído, eran de un carácter singularmente feroz, si bien a través de un adiestramiento severo se había logrado hacerlos dóciles ante su amo. Armado hasta los dientes, el criollo se pasea ahora con gran pompa, rodeado de sus jenízaros caninos, cuyos terroríficos ladridos demuestran ser tan útiles como bayonetas para mantener sofocados los brotes de rebelión.

Pero la población de la isla, tristemente reducida por el ejercicio de la justicia y no renovada materialmente por el matrimonio, empezó a embargar de melancólica desconfianza el espíritu del criollo. De alguna manera era necesario aumentar la población. Ahora bien, como la Isla de Charles poseía un poco de agua y la favorecía un aspecto relativamente agradable, los barcos balleneros la visitaban de vez en cuando. A ellos Su Majestad siempre les había exigido tributos en concepto de gravámenes portuarios, contribuyendo de este modo a sus rentas. Pero ahora él tenía otros designios. Mediante ciertos artilugios consigue, de vez en cuando, engatusar a algunos marineros, incitándolos a desertar de sus barcos y que se alisten bajo su bandera. No bien los miembros de tripulaciones desaparecen, los capitanes de los barcos piden humildemente permiso para salir en busca de ellos. Entonces Su Majestad esconde muy cuidadosamente a los desertores y procede a conceder el permiso para que los busquen. De modo que nunca encuentran a los prófugos y los barcos tienen que zarpar sin ellos.

Así, mediante la duplicidad política de este taimado monarca, se mutiló en número de súbditos a las potencias extranjeras, en tanto que el propio se multiplicaba considerablemente. Su Majestad mimaba especialmente a estos extranjeros renegados. Pero, ¡ay de los astutos planes de príncipes ambiciosos!, y ¡ay de la sed de gloria! Así como los pretorianos —nacidos en otras tierras e imprudentemente introducidos en el estado romano y aún más

imprudentemente convertidos en favoritos de los emperadores—, terminaron por deshonrar y derribar el trono, también estos marineros desaforados, con todo el resto del cuerpo de guardaespaldas y la totalidad del populacho, se sublevaron, desafiando a su señor. Éste marchó contra ellos con todos sus perros. En la playa se lanzaron a una mortífera batalla que bramó durante tres horas. Los perros lucharon con notable valentía, en tanto que los marineros sólo pensaban en la victoria. Tres hombres y trece perros quedaron muertos en la reyerta, en uno y otro bando muchos eran los heridos y el rey se vio obligado a emprender la fuga con el resto de su regimiento canino. El enemigo los persiguió y a pedradas obligó al amo y a sus servidores a refugiarse en las espesuras del interior. Abandonada la persecución, los vencedores volvieron a la aldea de la playa, desfondaron los barriles de aguardiente y proclamaron la república. A los hombres se los enterró con todos los honores de la guerra y a los perros se los arrojó ignominiosamente al mar.

Al fin, a causa de los padecimientos, el criollo fugitivo bajó de los cerros y propuso negociar la paz. Pero los rebeldes se negaron a aceptar otros términos que los de su destierro incondicional. Consecuentemente, el próximo barco que atracó se llevó al ex monarca a Perú.

La historia del rey de la Isla de Charles proporciona un ejemplo más de la dificultad que conlleva colonizar islas áridas con peregrinos sin principios.

Sin duda por un tiempo el monarca exiliado, entregado con melancolía a la vida rural en Perú, país que le ofrecía un seguro asilo en su infortunio, prestaba atención a toda persona que venía de Las Encantadas, a fin de escuchar la noticia del fracaso de la República, el consecuente arrepentimiento de los rebeldes y la solicitud de que él se dignara volver al trono. Sin duda, estimaba que la República sólo constituía un miserable experimento que pronto iba a explotar. Pero, nada de eso ocurrió: los insurgentes se habían confederado en una democracia que no era griega, romana ni norteamericana. Bueno, en realidad no se trataba para nada de una democracia sino que constituía una *motinocracia* permanente que se jactaba de tener la ilegalidad por única ley. Al ofrecer grandes alicientes a los desertores, sus filas se nutrieron con

truhanes que procedían de todo barco que tocaba en sus orillas. La Isla de Charles fue proclamada asilo de los oprimidos de todas las flotas. A cada marinero desertor se lo saludó como a un mártir de la causa de la libertad y se lo convirtió inmediatamente en rotoso ciudadano de esta nación universal. En vano los capitanes de marineros prófugos intentaron dar con ellos. Sus nuevos compatriotas estaban dispuestos a ofrecer cualquier número de rostros ornamentales en defensa de ellos. Disponían de poca artillería, pero sus puños no eran cosa de broma. Así, al final sucedió que ningún navío que tuviera noticias del carácter de esa tierra se atrevió a tocar en ella, por mucha necesidad de agua fresca que tuviese. La isla se convirtió en Anatema —una Alsacia del mar—, en el escondite inexpugnable de todo género de delincuentes prófugos, quienes en nombre de la libertad hacían, muy sencillamente, lo que les daba la gana. Variaban constantemente en número. Los marineros que desertaban de sus barcos en otras islas o que se hallaban en bote en el mar, en cualquier parte de sus inmediaciones, ponían rumbo a la Isla de Charles, sabiendo que allí encontrarían refugio seguro; en tanto que, cansados de la vida en la isla, algunos de ellos atravesaban el agua para llegar a las islas vecinas, y se presentaban en ellas a capitanes extraños como marineros náufragos, y conseguían a menudo ser aceptados a bordo de embarcaciones que se dirigían hacia la costa española, en donde contaban, al desembarcar, con la compasión ajena que les permitiría embolsarse el dinero de una colecta hecha para ayudarlos.

En una noche calurosa, durante mi primera visita al grupo de islas, nuestro barco flotaba en lánguida quietud cuando alguien en el castillo de proa gritó: «¡Luz adelante!». Miramos y vimos un fanal que ardía en una tierra oscura, fuera del haz de luz. Nuestro tercer oficial no era buen conocedor de esta región del mundo. Se le presentó al capitán y le dijo: «Señor, ¿debo salir en un bote? Tiene que tratarse de náufragos».

El capitán soltó una carcajada más bien horrible y, agitando el puño hacia el fanal, lanzó un juramento y le respondió: «Nada, nada, mis apreciados bribones, no serán ustedes quienes me atraigan un bote a la playa en esta bendita noche. Hacen bien, señores ladrones, es una buena acción la de emplazar allí una luz,

como si se tratara de un peligroso banco de arena. No tientan a ningún hombre prudente a ver qué es lo que pasa, y en cambio le piden mantenerse a prudencial distancia de la playa; porque esa es la Isla de Charles, de modo que, señor oficial, rodéela y mantenga la luz a popa».

OCTAVO BOSQUEJO

La Isla de Norfolk y la viuda Chola

Por fin en una isla avistaron
Una mujer con decoro sentada en la playa,
Que con gran pesar y en triste agonía
Parecía lamentarse de algún gran infortunio,
Y que a gritos les llamó, pidiéndoles socorro.

Negros sus ojos como el cielo a medianoche,
Blanco su cuello como nieve al caer.
Roja su mejilla como luz de la mañana.
Yerto yace bajo la tierra.
Mi amor ha muerto.
Se ha ido a su lecho mortal
Y ahora reposa bajo un cactus.

Cada solitaria escena han de restaurar,
Que por ti las lágrimas caigan como es debido;
Amado hasta que la vida no pueda encantar más
Y lamentado hasta que muera la misma Piedad.

Muy al noreste de la Isla de Charles, retirada del resto, está la Isla de Norfolk; y, por insignificante que resulte a la mayoría de los viajeros, para mí, por compasión, esa isla solitaria se ha convertido en un sitio consagrado por las más extrañas pruebas a que se haya sometido a la naturaleza humana.

Era mi primera visita a Las Encantadas. Habíamos pasado dos días en tierra, dedicados a cazar tortugas. No hubo tiempo para capturar muchas; de modo que a la tercera tarde izamos nuestras velas. Estábamos justamente en el momento de partir, el ancla siendo levada y aún suspendida, oscilaba invisible bajo las olas, y en tanto el dócil barco giraba paulatinamente para dejar atrás la isla, el marinero que viraba conmigo el cabrestante se detuvo súbitamente y me señaló algo que se movía en tierra, no en la playa sino un poco más atrás, agitándose a cierta altura.

En vista de la consecuencia de esta pequeña historia corresponde relatar aquí cómo fue posible que un objeto que en parte por ser tan pequeño pasó completamente inadvertido a los demás hombres a bordo, sin embargo consiguiera llamar la atención de mi compañero de espeque. El resto de la tripulación, yo incluido, nos limitábamos a alzarnos con nuestras palancas al levantarlas, en tanto que, insólitamente alborotado, a cada vuelta del pesado cabrestante mi fajado camarada saltaba por encima de él, con fuerza y violencia dando un vigoroso golpe perpendicular hacia abajo, en tanto que sus ojos se mantenían observando con alegría la playa que lentamente se alejaba. Alzarse tanto por encima de todos los demás fue la razón de que percibiera el objeto, que de otro modo resultaba imperceptible; y esta elevación de su mirada se debía a la elevación de su ánimo; y esto a su vez —pues la verdad debe salir a la luz—, a un buen trago de pisco peruano secretamente administrado esa misma mañana, en recompensa por alguna cortesía, por nuestro

camarero mulato. Ahora bien, es cierto que el pisco causa abundante daño en el mundo; pero, considerando que en el presente caso fue el medio, si bien indirecto, de rescatar a un ser humano del más espantoso destino, ¿no debemos también admitir necesariamente que a veces el pisco hace algún bien?

Echando una ojeada a través del agua en la dirección que él indicó, vi una cosa blanca que colgaba de una roca tierra adentro, tal vez a media milla del mar.

«Es un pájaro, un pájaro de alas blancas; quizás un… no; es… ¡es un pañuelo!».

«¡Sí, un pañuelo!», hizo eco mi camarada, quien con grito más fuerte avisó al capitán.

Velozmente, así como se desplaza y apunta un gran cañón, colocaron el catalejo a través del aparejo de mesana, desde la plataforma elevada de la popa; y así pudo claramente verse una figura humana sobre la roca del interior de la isla que ansiosamente agitaba en dirección a nosotros lo que parecía ser un pañuelo.

Nuestro capitán era un buen hombre, bien dispuesto. Dejó el catalejo y con determinación corrió a ordenar que echaran nuevamente el ancla; marineros a un bote y que lo bajaran.

En un intervalo de media hora el bote veloz estaba de vuelta. Partió con seis personas y volvía con siete; la séptima era una mujer.

No se trata de falta de corazón pero quisiera poder dibujar a esta mujer únicamente en carbonilla; pues presentaba un aspecto sumamente conmovedor; y las carbonillas, que trazan líneas suavemente melancólicas, representarían con más eficacia la imagen lastimera de la adamascada viuda chola.

Pronto nos contó su historia y si bien lo hizo en su propia lengua extraña, rápidamente la comprendimos; pues nuestro capitán, de tanto traficar por la costa chilena, estaba muy versado en español. Tres años atrás, Hunilla, una chola, es decir, una mestiza, procedente de Payta en Perú, en compañía de su reciente esposo Felipe, de pura sangre castellana, y de su único hermano indio, Truxill, se había embarcado en un ballenero francés, comandado por un alegre hombre, con destino a las aguas situadas más allá de las Islas Encantadas y se proponía pasar por sus proximidades. El objeto de la excursión era obtener aceite de tortuga, fluido que por

su gran pureza y finura es altamente estimado en todas partes en donde se lo conoce; y es bien conocido a todo lo largo de esta parte de la costa del Pacífico. Con un baúl de ropas, herramientas, utensilios de cocina, un aparato rudimentario para refinar el aceite, unos cuantos barriles de bizcochos y otras cosas, sin omitir dos perros favoritos, esos fieles animales a que todos los cholos son tan aficionados, Hunilla y sus compañeros fueron desembarcados sin accidente en el lugar que habían elegido; el francés, según un contrato celebrado antes de zarpar, se comprometió a recogerlos al volver de un crucero de cuatro meses por los mares al occidente; un plazo que los tres aventureros estimaban perfectamente suficiente para sus propósitos.

En la playa solitaria de la isla le pagaron en plata sus pasajes de ida, pues el extranjero se había rehusado a llevarlos excepto con esa condición; si bien se manifestó dispuesto a adoptar todas las medidas destinadas a asegurar el debido cumplimiento de su promesa. Felipe se había esforzado por aplazar este pago hasta el período de regreso del navío. Pero en vano. Con todo pensaban que tenían, de otro modo, prueba más que suficiente de la buena fe del francés. Se concertó que los gastos del pasaje de regreso no serían pagaderos en plata sino en tortugas: un centenar de tortugas pasarían al capitán, a su vuelta. Los cholos se proponían conseguir dichas tortugas después de haber llevado a cabo su propia labor, dentro del lapso probable de regreso del francés; y sin duda ya sentían por anticipado que en esas cien tortugas —que por el momento vagaban en alguna parte del interior de la isla— poseían cien rehenes. Pues bien, el navío se hizo a la mar, las tres personas que quedaban mirando en la playa contestaron la ruidosa canción con que los tripulantes se despedían alegremente y antes que se hiciera noche, la embarcación francesa estaba con la quilla hundida en el mar distante, convertidos sus mástiles en tres débiles líneas que pronto se borraron de la visión de Hunilla.

El extranjero había hecho una alegre promesa, que ancló con juramentos; pero, los juramentos y las anclas se desplazan; sobre la voluble tierra sólo perduran las promesas incumplidas de goce. Vientos adversos procedentes de cielos inestables, estados adversos de su ánimo aún más variable, o un naufragio y la muerte súbita en aguas solitarias: cual fuera la causa, el hecho es que el alegre

extranjero nunca se volvió a ver.

Pero, por muy tremenda que fuera la calamidad que estaba al acecho, presentimientos de ésta antes del debido tiempo nunca perturbaron las mentes de los cholos, quienes ahora estaban totalmente ocupados con el trabajoso asunto que les había llevado a la isla. Más aún: por veloz condena que llegó como el ladrón en la noche, antes de que pasaran siete semanas, dos de los miembros del pequeño grupo fueron excluidos de todas las angustias de la tierra o el mar. Ya no tratarían de que la vista sobrepasara, con miedo febril o esperanza todavía más febril, el horizonte del presente; puesto que al futuro más distante navegaron sus propios espíritus silenciosos. Trajinando bajo ese sol ardiente, Felipe y Truxill habían llevado hasta su choza muchas docenas de tortugas y puesto a prueba el aceite, cuando, exaltados por su buen éxito y para recompensarse por tan ardua tarea, demasiado precipitadamente, armaron un catamarán o balsa india, muy usada en el continente español, y con alegría partieron en una excursión de pesca, justamente más allá de un largo arrecife con muchas brechas melladas, el cual corre paralelamente a la playa, a media milla de distancia de ella. Por una mala corriente o por azar, o bien por la negligencia que generó el espíritu festivo (pues si bien no se les podía oír, por sus gestos parecían estar cantando todo el tiempo), se vieron obligados a entrar en aguas profundas y fueron a dar contra esa barra de hierro, el tosco catamarán volcó y quedó hecho pedazos; y entonces, vapuleados por el fuerte oleaje entre sus maderos rotos y los agudos dientes del arrecife, ambos aventureros perecieron ante la mirada de Hunilla.

Ante los ojos de Hunilla se hundieron. El verdadero dolor de este acontecimiento pasó ante su vista como una tragedia fingida en el escenario. Ella estaba sentada en un tosco cenador entre matorrales marchitos, en la cumbre del elevado risco, un poco más atrás de la playa. Los matorrales estaban dispuestos de modo tal que, al mirar hacia el mar, ella atisbaba entre las ramas como desde la celosía de un balcón alto. Pero, en ese día del que nos ocupamos ahora, para observar mejor la aventura de esos dos corazones que amaba, Hunilla había retirado las ramas a un lado y las mantenía así. Formaban un marco ovalado, a través del cual el infinito mar azul rodaba como un mar pintado. Y ahí, el invisible artista pintó a su

vista la balsa desarmada zarandeada por las olas, sus troncos que ya no estaban parejos sino que se levantaban al sesgo como mástiles inclinados y entre ellos cuatro brazos que no se distinguían de los náufragos que luchaban por salvarse; y enseguida todo se hundió en las aguas espumosas que fluían con suavidad, que lentamente arrastraban los restos del naufragio; y desde el principio hasta el final, no se escuchó ruido alguno. La muerte en una imagen silenciosa; un ensueño de la vista; formas que se desvanecen como en los espejismos.

Tan inmediata fue la escena, tan hipnótico su suave efecto pictórico, tan distante de su marchita enramada y de su sentido común de las cosas que Hunilla se quedó mirando y mirando, sin levantar un dedo, ni lanzar un gemido. Pero lo mismo daba que se quedara así atontada, estupefacta, con la vista clavada en ese mudo espectáculo, considerando lo que en otro caso podría haber hecho. Separada por media milla de mar, ¿cómo hubieran podido sus brazos encantados ayudar a esos cuatro brazos condenados? Larga la distancia y un grano de arena el tiempo. Cuando se ha visto el relámpago, ¿quién será el necio que pretenda impedir que caiga el rayo? Las olas llevaron a la playa el cuerpo de Felipe, pero el de Truxill nunca volvió; sólo el alegre sombrero trenzado de paja dorada —ese mismo objeto como un girasol que agitó al despedirse de ella al empujar la balsa en la playa— que ahora, galante hasta el final, aún la saludaba. Pero el cuerpo de Felipe flotó hacia la costa con un brazo extendido. Atrapado por aquella muerte horrible, el esposo y amante abrazaba suavemente a su amada, fiel a ella hasta en el sueño mortal. Oh, cielos, ¿cuando el hombre mantiene así su fe, seréis infieles vosotros, los que creasteis al varón fiel? Pero, no pueden quebrantar la fe quienes nunca la empeñaron.

Es necesario mencionar la desesperante tristeza que invadió entonces a la viuda solitaria. Al contarnos su historia, apenas hizo referencia a ésta, limitándose a describir los hechos. Sea como fuere que se interprete el comentario de sus facciones, habría resultado difícil imaginar a través de sus simples palabras que la propia Hunilla era la heroína de su relato. Pero no nos defraudó así de nuestras lágrimas. Todos los corazones sangraron ante un dolor que podía ser tan valeroso.

Ella sólo nos mostró la puerta de su alma y los extraños signos

grabados en ella; todo lo que estaba adentro, con la timidez del orgullo, nos fue negado. Pero hubo una excepción. Mostrando una pequeña mano olivácea ante el capitán, dijo en suave español, con toda lentitud: «Señor, yo lo enterré»; luego hizo una pausa, se debatió como contra una serpiente que se estaba enroscando y agachándose súbitamente, enseguida saltó, repitiendo con dolor apasionado: «¡Yo lo enterré, a él, mi vida, mi alma!».

Sin duda, fue con movimientos de sus manos casi inconscientes, automáticos, que esta mujer aplastada por la pena pudo encarar el oficio final para Felipe y plantó una tosca cruz de maderas resecas —no pudo encontrar ramas verdes— a la cabeza de esa tumba solitaria, donde ahora descansaba en sosiego perdurable y tranquilo refugio aquel a quien abatieran mares agitados.

Pero ahora sobrecogía a la afligida Hunilla cierta sensación de que había otro cuerpo que enterrar, de que otra cruz debía consagrar otra sepultura —aún sin cavar—; cierta sorda desesperanza y dolor por no haber encontrado el cuerpo del hermano. Con manos todavía cubiertas de tierra de una tumba, lentamente ella retornó a la playa, errando sin propósitos definidos y su mirada encantada se mantenía fija en las olas incesantes. Pero las olas sólo le hicieron llegar un canto fúnebre, enloquecedor, que la hacía pensar que los asesinos también podían hacer duelo. A medida que pasó el tiempo y que estas cosas aparecían menos ensoñadamente en su espíritu, las poderosas enseñanzas de su fe romana, que atribuye singular importancia a las urnas consagradas, la movieron a reanudar con tesón alerta esa piadosa busca que sólo iniciara como en un estado de sonambulismo. Día tras día, semana tras semana, recorrió la playa de cenizas hasta que al final un doble motivo aguzó cada mirada ansiosa. Con igual angustia ella buscaba ahora con la mirada al vivo y al muerto, al hermano y al capitán igualmente desaparecidos, para jamás volver. Sometida a tamañas emociones, Hunilla no había llevado cuenta con precisión del tiempo y poco era, fuera de sí misma, lo que pudiera servirle de calendario o reloj. Como en el caso del pobre Crusoe, perdido en ese mismísimo mar, ninguna campana de santo repicaba señalándole el paso de las semanas o de los meses; cada día se iba sin registro; no había gallo que anunciara esas auroras sofocantes ni los mugidos de los ganados que señalaran esas noches envenenadas. Faltaban todos

los sonidos acostumbrados y periódicos, humanos o humanizados por dulce comunidad con el hombre; todos, excepto uno: el ladrido de los perros. Exceptuando éste, nada más que la agitación del mar invadía este arrobamiento tórrido, el rodar de las olas penetraba en todo con su recurrente sonido monótono y para la viuda esa era la voz menos amada que pudiera haber oído.

No es de maravillarse, pues que, como sus pensamientos iban ahora hacia el barco que no volvía, y regresaban derrotados, la esperanza contra toda esperanza se debatiera tanto en su alma que a la larga ella desesperadamente se dijera «Aún no, aún no; mi corazón tonto corre demasiado de prisa». Así logró imponer la paciencia durante algunas semanas más. Pero para aquéllos a quienes la infalible succión de la tierra atrae, la paciencia o la impaciencia es con todo lo mismo.

Hunilla se propuso ahora fijar en su cabeza, hora a hora cuánto tiempo había pasado, desde que el barco había zarpado; y seguidamente, con pareja precisión, cuánto tiempo debía pasar todavía. Pero esto le resultó imposible. No podía entender en qué día ni en qué mes estaba. El tiempo era su laberinto en el que Hunilla se encontraba completamente perdida.

Y así sigue…

Contra mi propósito se impone aquí una pausa sobre mí. Uno no sabe si la naturaleza no le asigna cierta reserva a quien le ha sido dado enterarse de determinadas cosas. Por lo menos, cabe dudar de que sea bueno publicarlas. Si ciertos libros son juzgados perniciosos y su venta es prohibida, ¿qué es lo que corresponde cuando se trata de hechos letales y no de hombres que sueñan? Aquellos afectados por los libros no serán prueba contra los eventos. Los eventos, y no los libros, deberían ser prohibidos. Pero en todas las cosas el hombre siembra en el viento, que sopla justo allí donde se escucha[5]; para bien o para mal, el hombre no puede saber. A menudo el mal viene del bien, lo mismo que el bien del mal.

Cuando Hunilla…

Horrendo espectáculo es ver una bestia sedosa que largamente se divierte con una dorada lagartija para luego devorarla. Más terrible todavía es ver cómo el Hado felino se divierte a veces con un alma humana y mediante una magia innominada le hace rechazar una sensata desesperación por una esperanza que sólo es

locura. Sin proponérmelo imito esta cosa gatuna al jugar con el corazón de quien me lee; pues quien no siente, lee en vano.

«El barco se hace a la mar hoy, en este día», se dijo por último Hunilla; «esto me ofrece cierto plazo de tiempo de base; sin certidumbre, enloqueceré. En perezosa ignorancia he esperado y esperado; ahora, con conocimiento firme, me limitaré a aguardar. Hoy vivo y dejo de padecer sorpresas. Santa Virgen, ¡ayúdame! Vos Señora haréis volver el barco. ¡Oh, travesía ya cumplida de semanas abrumadoras, travesía que era necesario hacer para adquirir la certidumbre de hoy, os dejo sin reservas, pero os arranco de mí!».

Como los marineros que arrojados por la tempestad a un arrecife desolado logran armar un bote con los restos del naufragio y vuelven a lanzarse a las mismas aguas, vemos aquí a Hunilla, esta solitaria alma náufraga, invocar la confianza a partir de lo que fue un acto de traición. Humanidad, tú, cosa llena de fuerza, te reverencio, pero no en el héroe cubierto de laureles sino en esta mujer vencida.

Hunilla se valió verdaderamente de una caña, de una caña real, no es una metáfora, de una auténtica caña oriental. Un pedazo de caña hueca, arrastrada desde islas desconocidas y que encontró en la playa, con extremos que antes eran dentados pero que ahora estaban perfectamente lisos, como si los hubieran pasado por papel de lija, y ya sin su barniz de oro. Por mucho tiempo había sido frotado entre el mar y la tierra, piedra de arriba y de abajo, la sustancia sin barniz ha quedado, limada, al desnudo y en otro lustre ahora, idéntico a sí mismo, el lustre de su angustia. A intervalos, líneas circulares cortaban alrededor de toda esta superficie, dividida en seis partes de diferente extensión. En la primera iban apuntados los días y cada décimo día estaba señalado por un corte más largo y profundo; la segunda correspondía a las marcas para el número de huevos de aves marinas que le servían de sustento, sacándolos de sus nidos en la roca; la tercera, al número de peces que había atrapado desde la costa; la cuarta, al de tortugas pequeñas encontradas en el interior; la quinta, al de días de sol; la sexta, al de días nublados; siendo de estas dos la más grande la última. Dilatada noche llena en números, matemáticas de la desdicha cuyo fin es cansar su alma demasiado alerta y lograr que se duerma; pero el sueño se resistía.

La parte que correspondía a los días estaba muy gastada por las largas incisiones; para cada décimo día aparecían medio borradas, como alfabetos para ciegos. Diez mil veces la viuda esperanzada había pasado el dedo por el bambú —flauta taciturna que, al tocarla, no daba sonido alguno—, como si contar los pájaros que vuelan por lo alto acelerara el paso de tortugas que se arrastran a través de la espesura.

Después del día 180 ya no había marcas; la última era la más débil, así como la primera era la más profunda.

«Hubo más días», le dijo nuestro capitán, «muchos, muchos más; ¿por qué no los marcaste, también, Hunilla?».

«No me pregunte por eso, señor».

«Y mientras tanto, ¿pasaron otros barcos frente a la isla?».

«Bueno, señor…, pero…».

«No me contestas; ¿pero qué, Hunilla?».

«No me pregunte, señor».

«Viste pasar barcos a lo lejos; les hiciste señas; siguieron de largo… ¿es eso lo que ocurrió?».

«Que sea como usted dice, señor».

Fortalecida contra su dolor, Humilla no quería, no se atrevía a confiar en la debilidad de su lengua. Entonces, cuando nuestro capitán le preguntó si algún barco ballenero había…

Pero no, no voy a asentar esta historia en su totalidad para que sea citada por espíritus socarrones y afirmen que constituye una sólida prueba en su favor. Una mitad quedará sin contar aquí. Esos dos episodios sin mencionar que vivió Hunilla en la isla, que queden entre ella y su Dios. En la naturaleza, como en el derecho, puede ser difamatorio enunciar ciertas verdades.

Sin embargo, cómo fue posible que si nuestra embarcación había estado anclada durante tres días cerca de la isla, su único habitante humano sólo nos descubriera cuando estábamos a punto de hacernos a la mar, para no volver jamás a un paraje tan solitario y remoto; es necesario explicar esto, antes de seguir con el relato.

El lugar donde el capitán francés desembarcó al pequeño grupo estaba en el extremo más alejado y opuesto de la isla. Fue allí también donde los infortunados construyeron luego su choza. Y la viuda, en su soledad, no abandonó el punto donde sus seres amados habían vivido con ella y donde el más querido de los dos dormía

ahora su último sueño, del cual no lo sacaban todos sus lamentos por más que en vida él fue el más fiel de los esposos.

Ahora bien, entre las puntas opuestas de la isla se levanta un terreno alto y quebrado. Un barco anclado de un lado resulta invisible desde el otro. Además, tampoco la isla es tan pequeña y un grupo considerable podría errar durante días y días por la espesura en uno de los costados sin ser nunca visto, ni sus saludos oídos, por alguien que estuviera a la distancia, del otro lado. De modo que Hunilla, quien naturalmente asociaba la posible llegada de navíos con su parte de la isla, hubiera podido permanecer hasta el final totalmente ignara de la presencia de nuestra embarcación, de no haber sido por un misterioso presentimiento, el cual le habría sido inspirado por el aire encantado de la isla, según afirmaron nuestros marineros. Y la respuesta de la viuda no desmintió esta noción.

«¿Cómo fue, entonces, que esta mañana se te ocurrió atravesar la isla?», le preguntó nuestro capitán a Hunilla.

«Señor, es que algo pasó revoloteando a mi lado. Me rozó la mejilla y el corazón, señor».

«¿Qué es lo que dices?».

«Le dije, señor, que algo llegó a través del aire».

Fue una oportunidad única. Pues cuando al atravesar la isla Hunilla llegó a la parte alta situada en el centro, debió entonces percibir por primera vez nuestros mástiles y también observó que se procedía a soltar las velas, tal vez pudo oír los ecos del coro de la canción del cabrestante. La embarcación desconocida estaba a punto de zarpar y ella se encontraba lejos. Con rapidez, Hunilla desciende ahora de la altura de este lado, pero pronto pierde de vista el barco entre la selva hundida en la base de la montaña. Con esfuerzo se abre paso a través de las ramas secas que a cada paso tratan de impedirle avanzar, hasta llegar a la roca aislada, aún a cierta distancia del agua. A ella se trepa para asegurarse. El barco sigue perfectamente a la vista. Pero ahora, agotada por una tensión excesiva, Hunilla está a punto de desmayarse; le da miedo descender de la vertiginosa eminencia elevación. Ya se resigna a quedarse allí donde está y como un último recurso se saca el turbante de la cabeza, lo despliega y agita, a través de los matorrales en dirección a nosotros.

Durante el relato de su historia los marineros formaron un

silencioso círculo alrededor de Hunilla y el capitán; y cuando por último se dio la orden de tripular el bote más veloz y dar la vuelta hasta el otro costado de la isla, a fin de recuperar el baúl de Hunilla y el aceite de tortuga, rara vez se había visto tal presteza para obedecer las órdenes, al mismo tiempo con alegría y tristeza. Se hizo poca alharaca. Ya el ancla había vuelto al fondo y el barco se mecía apaciblemente.

Pero Hunilla insistió en acompañar a los del bote, porque se consideraba piloto indispensable para llegar hasta su choza escondida. De modo que reconfortada con lo mejor que nuestro despensero pudo ofrecerle, partió con nosotros. Y no ha habido esposa de un gran almirante que en la lancha de su marido recibiera más reverencial silencio que la pobre Hunilla por parte de la tripulación de este bote.

Rodeando una multitud de cabos y promontorios vítreos, en dos horas llegamos al arrecife fatídico; nos internamos en una caleta escondida, remontamos la vista a una verdosa pared de lava con múltiples gabletes y vimos entonces la solitaria morada de la isla.

Se levantaba en un risco sobresaliente, protegida en dos de sus costados con enmarañados matorrales y semi-oculta a la vista de frente por las protuberancias de la tosca escalinata que remontaba el precipicio desde el mar. Construida de cañas, estaba techada con paja larga y enmohecida. Parecía un almiar de heno abandonado por los segadores. El techo sólo se inclinaba a un lado y los aleros llegaban hasta dos pies del suelo. Y aquí había un simple dispositivo para recolectar el rocío, o mejor dicho lluvias doblemente destiladas y cernidas al máximo, las cuales, por piedad o por burla los cielos nocturnos a veces dejan caer sobre estas estériles Encantadas. Por debajo de todos los aleros se extendía una sábana con pintas, completamente manchada por las inclemencias del tiempo, la cual estaba clavada a unas estacas cortas y derechas, clavadas en la arena. Un fragmento pequeño de escoria, arrojado en el lienzo, empujaba su parte central hacia abajo, y de este modo tamizaba toda la humedad, que pasaba a una calabaza colocada por debajo. Este recipiente proporcionó cada gota de agua que los cholos bebieran en la isla. Hunilla nos dijo que a veces, pero no a menudo, la calabaza se llenaba hasta la mitad de agua durante la noche. Tenía, acaso, una capacidad de seis cuartos de galón. «Pero», nos

dijo, «estábamos acostumbrados a tener sed. En la arenosa Payta, donde vivo, nunca ha caído un chubasco; allí se trae toda a lomo de mula, desde los valles del interior».

Atadas entre los matorrales había una veintena de tortugas que se lamentaban, que abastecían la solitaria despensa de Hunilla; en tanto que centenares de vastos escudos negros grabados, semejantes a lápidas abandonadas de pizarra oscura, también se veían esparcidos alrededor. Eran los pétreos lomos de esas grandes tortugas de donde Felipe y Truxill habían sacado su precioso aceite. Varias grandes calabazas y dos barrilitos de bastante capacidad estaban llenos de éste. En una vasija próxima estaban las costras aglutinadas de cierta cantidad que se había dejado evaporar. «Se proponían tamizarla al día siguiente», dijo Hunilla, dándose vuelta.

Olvidé mencionar el espectáculo más singular de todos, si bien fue el primero que nos saludara al desembarcar.

Una decena de perros pequeños, de pelo suave y enrulado miembros de una hermosa raza que es característica de Perú, organizó un concierto de alegres saludos cuando llegamos a la playa, al que respondió Hunilla. Algunos de estos perros habían nacido, después de que ella quedó viuda, en la isla, siendo los descendientes de dos que llevaron desde Payta. Debido a los peligrosos precipicios, los matorrales tortuosos, las grietas ocultas y las amenazadoras dificultades de todo género que se encuentran en el interior, Hunilla, advertida por la pérdida de uno de sus perros favoritos, nunca permitía que estas delicadas criaturas la siguieran en sus ocasionales excursiones en busca de nidos de pájaros y otras correrías semejantes; de modo que, acostumbrados a ello desde hacía tiempo, los animales no se ofrecieron para acompañarla cuando esa mañana atravesó la isla y, por cierto, ella tenía su espíritu demasiado ocupado por otros asuntos para prestar atención al hecho de que los perros permanecían junto a la choza. No obstante, durante su solitaria estadía en la isla se había apegado tanto a ellos que, aparte de la poca humedad que los animales pudieran lamer de madrugada en las pequeñas cavidades que se encontraban en las rocas adyacentes, Hunilla había compartido con ellos el rocío de su calabaza; y así nunca consiguió almacenar una cantidad considerable de líquido para precaverse de los extendidos períodos de sequía total que, en ciertas estaciones desastrosas,

afligen a estas islas.

Una vez que nos indicó, según nuestros deseos, las pocas cosas que quería que trasportáramos al barco —su baúl y el aceite, sin omitir las tortugas vivas que se proponía obsequiar, en señal de gratitud, a nuestro capitán—, nos pusimos inmediatamente manos a la obra, transportándolas al bote por la inclinada escalinata muy sombreada en la roca. Mientras mis camaradas se entregaban a esta tarea, eché un vistazo y observé que Hunilla había desaparecido.

No fue sólo la curiosidad sino me parece también algo diferente mezclado con ella lo que me impulsó a dejar mi tortuga y a volver a observar con más detenimiento a mi alrededor. Recordé el marido que Hunilla había enterrado con sus propias manos. Un sendero angosto llevaba a una parte tupida de los matorrales. Siguiéndola a través de muchos laberintos, conseguí llegar a un pequeño espacio abierto y redondo, profundamente encerrado allí.

El túmulo se levantaba al medio, simplemente un montículo de la arena más fina, como el cúmulo sin verdor que queda al fondo de un reloj de arena cuando han pasado las horas. A su cabeza estaba la cruz de ramas secas y la corteza aún estaba despegándose; la rama transversal estaba atada con una soga y se mantenía colgando tristemente en el aire silencioso.

Hunilla estaba postrada en parte sobre la tumba, con la cabeza oscura inclinada y perdida en su larga cabellera suelta de india; tenía las manos extendidas hasta el pie de la cruz y un pequeño crucifijo de bronce aferrado en ellas; un crucifijo cuya imagen habían gastado los años como a un antiguo aldabón cincelado con el que por largo tiempo se hubiera llamado en vano. Ella no me vio y no hice ningún ruido sino que me escabullí sigilosamente del lugar.

Unos pocos minutos antes de que todo estuviera listo para que partiéramos, Hunilla reapareció entre nosotros. La miré en los ojos, pero no pude ver lágrimas. Había algo que parecía extrañamente altanero en su actitud y sin embargo era sólo su aire de tristeza. Se trataba de un pesar español e indio, que no se muestra en su lamentación. La talla del orgullo que en vano se humilla a la postración en el potro del tormento; el orgullo de la naturaleza que somete a la tortura de la naturaleza.

Tal como pajes, los pequeños perros sedosos la rodearon a

medida que ella descendía lentamente hacia la playa. Alzó en brazos a las dos criaturas más vehementes: «¡Mi Tita! ¡Mi Tomotita!» y mimándolas preguntó cuántas podíamos llevar a bordo.

El primer oficial comandaba la tripulación del bote; no se trataba de un hombre de corazón duro, pero su estilo de vida había sido tal que en la mayor parte de las cosas, hasta en las más pequeñas, la simple utilidad práctica era su motivo rector.

«No podemos llevarlos a todos, Hunilla; nuestras provisiones son escasas; los vientos son caprichosos y es posible que la travesía hasta Tombez nos lleve unos cuantos días. De modo, Hunilla, que puedes traer los que tienes alzados, pero ninguno más».

Ella ya estaba en el bote; también los remeros estaban sentados; todos, con excepción de uno, que estaba listo para dar un empujón al bote y saltar inmediatamente a su posición. Con la sagacidad propia de su naturaleza, los perros parecían tener conciencia ahora de que estaban en el preciso instante en que serían abandonados en una costa desértica. La borda del bote era alta; su proa —apuntada hacia la isla— estaba levantada; de modo que debido al agua, que parecían evadir por instinto, los perros no podían subirse a la pequeña embarcación. Pero con sus activas patas rascaban desesperadamente la proa, como si se tratara de la puerta de un granjero que los privara de abrigo durante una tormenta de invierno. Era una resonante agonía de alarma. Los perros no aullaban ni gemían: sólo les faltaba hablar.

«¡Partamos, que ya es hora!», gritó el primer oficial. En el bote se sintió un fuerte tirón y una sacudida, giró sobre su quilla y al momento nos alejábamos velozmente de la playa. Los perros corrían aullando al borde del agua; por momentos se detenían para contemplar el bote que volaba, luego parecía que iban a saltar para iniciar la cacería, pero misteriosamente se refrenaban y nuevamente seguían aullando por la playa. De haber sido seres humanos es difícil que hubieran inspirado más vivamente la sensación de desconsuelo. Los remos eran empleados como plumas compañeras de dos alas. Nadie hablaba. Dirigí la mirada hacia la playa y luego hacia Hunilla, pero su rostro se mantenía en una adusta calma sombría. Los perros que llevaba en su regazo, en vano le lamían sus manos severas. Ella nunca volvió la vista hacia atrás y se mantuvo

inmóvil hasta que doblamos un promontorio de la costa y perdimos de vista los sonidos y las imágenes que había a popa. Daba la impresión de alguien que, tras experimentar el más virulento de los dolores mortales, se conformara en adelante con que le arrancaran, una por una todas las fibras menores del corazón. A Hunilla el dolor le había llegado a parecer tan necesario que el dolor en otros seres, aunque por amor y compasión hecho suyo, le era soportable sin una sola queja. Un corazón que suspira en un marco de acero. Un corazón que suspira por cosas terrenales que había congelado la escarcha que cae del cielo.

Lo que sigue es fácil de relatar. Después de una larga travesía, afligida por calmas y vientos desconcertantes, llegamos al pequeño puerto de Tombez en Perú, donde abasteceríamos nuestra embarcación. Payta no estaba a gran distancia. Nuestro capitán vendió el aceite de tortuga a un comerciante de Tombez; y añadiendo a la plata una contribución de todos los miembros de la tripulación, dio la suma a nuestra silenciosa pasajera, quien desconocía lo que habían hecho los marineros.

La última vez que vi a la solitaria Hunilla, ella iba de viaje en dirección a Payta, montada en un burrito gris, y ante sus ojos los omóplatos del borrico y la unión del arreo formaban una cruz.

NOVENO BOSQUEJO

La Isla de Hood y el ermitaño Oberlus

A ese sombrío valle entran, donde encuentran
A ese hombre maldito acurrucado en el suelo,
Meditando fechorías en su mente feroz;
Sus rizos grisáceos muy crecidos y sueltos
Cuelgan desordenados sobre sus hombros
y ocultan su rostro. Sus ojos insinceros
Parecen mortalmente apagados y mira como asombrado;
Sus mejillas demacradas, por las penurias consumidas,
Están chupadas por las mandíbulas, como si no comiera nunca.
No tiene más ropas que muchos trapos remendados,
Prendidos con espinas y otros andrajos
Con los que envuelve sus desnudos flancos.

Al sureste de la Isla de Crossman se encuentra la Isla de Hood o Isla Nublada de McCain; y en su costado sur se halla una caleta vítrea con una ancha playa de lava negra molida, que recibe el nombre de Playa Negra o Desembarcadero de Oberlus. Con toda justicia se la podría haber llamado de Caronte.

Recibió el nombre por un salvaje ser de raza blanca que pasó allí muchos años, y en cuanto europeo, llevó a esta región salvaje cualidades más diabólicas que las que pueden encontrarse entre cualesquiera de los caníbales circundantes.

Hace aproximadamente medio siglo, Oberlus desertó en la isla ya nombrada, la que entonces, como ahora, estaba deshabitada. Se construyó una guarida de lava y escorias, más o menos a una milla del desembarcadero que ulteriormente llevaría su nombre, en un valle o cañada ensanchada que contenía aquí y allá, entre las rocas, aproximadamente dos acres de tierra aptos para un tosco cultivo; el único lugar de la isla que no era demasiado árido para ese fin. Allí consiguió cultivar una especie de patatas degeneradas y calabazas, que de vez en cuando cambiaba a los necesitados balleneros que acertaban a pasar, por aguardiente o dólares.

Su aspecto, según todas las descripciones, era el de la víctima de una bruja malvada; parecía haber bebido de la copa de Circe, pues su apariencia era bestial, con harapos que no alcanzaban para cubrir su desnudez, con la piel pecosa, ampollada por la continua exposición al sol, y nariz chata, el semblante retorcido, pesado, tosco; la cabellera y la barba sin cortar, largas y de un rojo furibundo. A los extraños les daba bastante la impresión de que era un ser de origen volcánico, expulsado por la misma convulsión que con un estallido hizo surgir la isla. Cubierto de remiendos y enroscado para dormir en su solitaria guarida de lava entre las montañas, parecía, según se dice, un montón de hojas secas,

arrancadas de árboles otoñales, así dejado en un rincón escondido por un remolino, un instante detenido, de un feroz viento nocturno que luego sigue soplando despiadadamente, para ir a repetir en otra parte el mismo acto caprichoso. También se relata que resultaba un muy extraño espectáculo ver a este mismo Oberlus, en una mañana nublada y sofocante, escondido bajo su horrible sombrero viejo de lienzo encerado negro revolviendo con la azada las patatas entre la lava. Tan torcida y encorvada era su extraña naturaleza que parecía que el mismo mango de su azadón se hubiera paulatinamente contraído y retorcido entre sus manos, resultando un lúgubre palo curvo, sostenido más como la hoz guerrera de un salvaje que como un civilizado mango de azadón. Era su misterioso hábito al encontrarse por vez primera con un extraño volverle siempre la espalda; tal vez porque ese era su mejor lado, puesto que era el que mostraba menos; el encuentro ocurría en su huerta —pues los visitantes recién llegados pasaban de la playa directamente a la cañada, en busca del hortelano que según las informaciones, allí tenía su puesto de venta—, y Oberlus seguía durante algún tiempo ocupado con su azadón, sin prestar atención a las salutaciones, fueran joviales o dulces; y si el curioso visitante daba la vuelta para verle la cara, el recluso, azadón en mano, con igual presteza se volvía para evitarlo: seguía agachado y revolviendo hoscamente en su colina de patatas. Esto, en cuanto a sus actividades con el azadón. Cuando estaba plantando, su aspecto todo y cada uno de sus gestos eran tan malévolos e inútilmente siniestros y secretos que más parecía estar entregado a echar veneno en aljibes que patatas a la tierra. Pero entre sus prodigios menores y más innocuos estaba la noción que siempre abrigó de que también sus visitantes venían igualmente guiados por el deseo de contemplar al poderoso ermitaño Oberlus en su regio estado de soledad tanto como por el simple propósito de conseguir patatas o de dar con cualquier compañía humana que pudiera existir en una isla estéril. ¡Parece increíble que semejante ser pudiera estar poseído de tanta vanidad; que un misántropo sea vanidoso! Pero realmente él tenía su idea de sí mismo y a menudo, basándose en ella, se daba aires ante los capitanes, que resultaban risibles. Pero, después de todo, esto coincide un poco con la conocida excentricidad de ciertos presidiarios, orgullosos de esa misma fechoría que los hace

tristemente célebres. Otras veces, otro capricho inexplicable se apoderaba de él, y por un tiempo se escabullía de los visitantes, dando vueltas alrededor de las esquinas de su choza de escorias; a veces, como un oso sigiloso, se escurría a través los matorrales secos, montaña arriba, y se negaba a ver el rostro humano.

Con la excepción de los visitantes ocasionales que venían del mar, durante un largo período la única compañía de Oberlus fueron las lentas tortugas que se arrastraban por la isla; y parecería haber llegado a un nivel de degradación mayor que ellas, pues carecía de deseos que excedieran los de estos animales, a menos que se tratase del estupor que le provocaban las borracheras. Pero por muy rebajado que ya se presentara, con todo, acechaba en él, sólo a la espera de una ocasión para manifestarse, una bajeza aún más marcada. En efecto, la única superioridad de Oberlus con respecto a las tortugas era que poseía una mayor capacidad de degradación; y junto con ella, algo así como una voluntad inteligente de lograrlo. Por otra parte, lo que está a punto de ser revelado evidenciará tal vez que la ambición egoísta o el deseo de poder por sí mismo, en vez de ser una debilidad peculiar de espíritus nobles, es algo compartido por seres que carecen totalmente de espíritu. No hay seres más egoístamente tiránicos que ciertas bestias; como puede haber tenido ocasión de observarlo todo aquel que haya prestado atención a los campesinos.

«Esta isla me pertenece porque soy el hijo de Sycorax», diría Oberlus, paseando la mirada por su soledad escuálida. Por algún medio, fuera trueque o robo —pues en aquellos días los barcos seguían tocando, de vez en cuando en su desembarcadero—, consiguió un viejo trabuco con unas cuantas cargas de pólvora y munición. Al poseer un arma se sintió capaz de emprender, al igual que el tigre que siente por primera vez que le están saliendo las uñas. El largo hábito de dominio exclusivo sobre todo objeto en torno suyo, su soledad casi ininterrumpida, el no encontrarse nunca con seres humanos excepto en términos de independencia misantrópica o de astucia mercantil, siendo sólo relativamente raros incluso esos encuentros, todo esto debe haber nutrido gradualmente en él una enorme idea de su propia importancia, conjuntamente con una especie de desdén puramente animal hacia todo el resto del universo.

El desgraciado criollo, quien gozó su breve lapso de realeza en la Isla de Charles, estuvo acaso influenciado hasta cierto punto por motivos que no eran indignos; como ser el de impulsar a otros espíritus aventureros a llevar colonos a regiones distantes y asumir prerrogativa política sobre ellos. Las ejecuciones sumarias de muchos de sus peruanos son del todo perdonables, considerando los malhechores con quienes debió vérselas; e igualmente, dadas las circunstancias, parece absolutamente justo el hecho de haber enfrentado con furia canina a la banda de rebeldes. Pero en el caso de este rey Oberlus y de lo que va a contarse dentro de poco, ningún género de atenuantes puede encontrarse. Procedió por mero deleite en la tiranía y la crueldad, en virtud de una cualidad heredada de su madre Sycorax. Armado ya con ese espantoso trabuco, fortalecido por el pensamiento de que era amo de esa horripilante isla, esperaba con ansiedad una oportunidad para demostrar su poderío sobre el primer ejemplar de la humanidad que, desprotegido, cayera entre sus manos.

No tardó mucho en llegar la oportunidad. Un día divisó un bote en la playa, con un solo hombre, un negro, a su lado. A alguna distancia podía verse un barco y Oberlus se dio cuenta inmediatamente de cuál era la situación. La embarcación se había detenido allí en busca de madera y la tripulación del bote se había internado entre los matorrales con ese objetivo. Desde un punto apropiado se mantuvo vigilando el bote, hasta el momento en que un grupo de hombres dispersos apareció cargado de leños. Los dejaron en la playa y volvieron a meterse entre los matorrales, mientras el negro procedía a cargar el bote. Entonces Oberlus se dirige con gran celeridad al encuentro del negro, quien, estupefacto al ver que algún ser vivo habita en semejante soledad, y en particular un ser tan horripilante, inmediatamente sucumbe al pánico, que no consigue disminuir la suavidad ursina de Oberlus, quien por favor le pide que le deje colaborar en su tarea. El negro está con varios leños sobre los hombros y en el acto de cargar otros; y Oberlus, con una pequeña cuerda que lleva oculta en el pecho, procede gentilmente a alzar y trasladar esos otros leños a su lugar. Al hacer esto, persiste en mantenerse detrás del negro, quien, sospechando con toda razón por esta actitud, en vano se le escabulle, tratando de verlo de frente; pero también Oberlus se le

escabulle, hasta que por fin, cansado de este ineficaz intento de traición, o temeroso de ser sorprendido por el resto del grupo, Oberlus se corre un poco hasta un arbusto y sacando a relucir su trabuco, ordena brutalmente al negro que abandone su tarea y lo siga. El negro se niega. Ante lo cual, apuntándole con su arma, Oberlus dispara. Por suerte el trabuco falla. Pero ya para entonces el negro, a quien el miedo parece haberle hecho perder el juicio, y que acaba de recibir por segunda vez la orden perentoria, deja caer sus leños, se rinde a discreción y se deja conducir. Por un estrecho desfiladero que conoce bien, Oberlus se aleja rápidamente de la vista del agua.

Mientras van subiendo por la montaña, jubilosamente comunica al negro que en adelante le hará trabajar para él, que lo tendrá de esclavo y que el trato que le dé dependerá por entero de su comportamiento en el futuro. Pero Oberlus, engañado por ese primer momento de cobardía impulsiva del negro, en mal momento disminuyó su vigilancia. Yendo a través de un sendero angosto y observando que su captor no está en absoluto en guardia, el negro, individuo vigoroso, repentinamente lo estruja entre sus brazos, lo voltea, le arrebata el trabuco, le ata las manos con la propia cuerda del monstruo, lo carga y vuelve con él al bote. Cuando el resto del grupo llega, Oberlus es trasladado a bordo del barco. Resultó tratarse de un barco inglés y, por añadidura, contrabandista, género de embarcación que no se distingue por el espíritu humanitario. Oberlus es azotado sin piedad, luego lo esposan y desembarcan, obligándosele a dar a conocer su morada y a mostrar sus bienes. Sus patatas, calabazas y tortugas junto con la pila de dólares que había acumulado en sus operaciones comerciales le fueron quitadas al momento. Pero mientras los contrabandistas demasiado vengativos están ocupados en destruir choza y huerta, Oberlus consigue escapar a las montañas y allí se oculta en lugares impenetrables, que sólo él conoce, hasta que el barco se hace a la mar, ocasión en que se aventura a volver y mediante una lima que tiene oculta en un árbol consigue liberarse de las esposas.

Meditabundo entre las ruinas de su choza y las escorias desoladas y los volcanes extinguidos de esta isla, el misántropo agraviado proyecta ahora una venganza tremenda contra la humanidad, pero oculta sus propósitos. A veces hay naves que

atracan en el desembarcadero; y de vez en cuando Oberlus logra abastecerlas de vegetales.

Precavido por su anterior fracaso en la tentativa de secuestrar forasteros, se propone ahora un plan absolutamente diferente. Cuando llegan marineros a la isla, los trata con camaradería, los invita a su choza y con la poca viabilidad que su aspecto siniestro pelirrojo le permite, les convida a beber de su aguardiente y a ponerse contentos. Pero sus huéspedes no requieren mucha insistencia; y así, no bien pierden el sentido, son atados de pies y manos y arrojados entre las escorias, donde quedan ocultos hasta que parte el barco. Para entonces, los cautivos, encontrándose absolutamente dependientes de Oberlus, alarmados ante su cambio de actitud, por sus feroces amenazas y sobre todo por ese temible trabuco, se alistan de buena gana bajo sus órdenes, convirtiéndose en sus humildes esclavos en tanto que Oberlus pasa a ser el más increíble de los tiranos. A tal punto, que dos o tres mueren en el curso de su adiestramiento. Con el resto —cuatro individuos— dispone que se encarguen de partir los terrones del suelo, que transporten en sus espaldas cargas de tierra arcillosa, extraída de grietas húmedas entre las montañas; los mantiene con la más rudimentaria de las alimentaciones; saca a relucir su arma ante el más leve intento de rebelión; y en todo sentido los convierte en reptiles a sus pies, en plebeyas culebras a los pies de este Señor Anaconda.

Por fin consigue Oberlus abastecer su arsenal con cuatro machetes herrumbrados y una provisión adicional de pólvora y munición destinada a su trabuco. Disminuyendo buena parte la labor de sus esclavos, ahora se siente un hombre, o mejor dicho un demonio, de gran habilidad para inducir a otros, mediante lisonjas o violencias, a colaborar con sus propios designios ulteriores, por muy repugnantes que pudieran parecerles en el primer momento. Pero, sin embargo, preparados para casi cualquier maldad por su vida anterior fuera de la ley, como una especie de errantes bandoleros del mar, algo que había disuelto en su interior todo aspecto de moralidad, estaban preparados ya para adoptar la forma del primer molde de bajeza que les fuese presentado; disminuidos en su virilidad por la irremediable desdicha en la isla, habituados a rebajarse en todas las cosas ante su amo, quien en sí mismo era el

peor de los esclavos, estos infelices ya se estaban corrompiendo por completo entre sus manos. Oberlus los utilizaba como seres de una raza inferior; en suma, les pone espuelas a sus cuatro animales y los convierte en asesinos; así es que convierte a aquellos cobardes en unos bravucones.

Ahora bien, espada o daga, las armas humanas sólo son garras y colmillos artificiales, que se fijan como espolones a un gallo de riña. Así, lo repetimos, Oberlus, zar de la isla, pone espolones a sus cuatro súbditos; en otras palabras, con la gloria como meta, pone cuatro machetes herrumbrados en sus manos. Como cualquier otro autócrata, ya cuenta con un noble ejército.

Podría pensarse que a esto siguió inmediatamente una guerra servil. ¿Armas en las manos de esclavos maltratados? ¡Qué indiscreción la del Emperador Oberlus! Pero, nada de eso: ellos sólo contaban con sus machetes —hoces bastante viejas y lamentables—, en tanto que Oberlus dispone de su trabuco, el cual con su ciega lluvia de todo tipo de guijarros, escorias y otras sustancias pétreas hubiera aniquilado a los cuatro amotinados, como si se tratara de cuatro palomas, de un solo disparo. Además, en un comienzo no dormía en la choza que acostumbraba; por un tiempo cada vez que llegaba el cárdeno crepúsculo, se lo podría haber visto abriéndose paso entre las grietas de las montañas, para ocultarse hasta la madrugada en alguna grieta sulfúrea, inhallable para su pandilla; pero, al final, como le resultaba demasiado fastidioso este procedimiento optó por atar de pies y manos a sus esclavos todas las noches, escondiendo los machetes, que metía en su cuartel general, cuya puerta trancaba para luego acostarse frente a ella, bajo un tosco tinglado añadido últimamente. Y así pasaba la noche, trabuco en mano.

Se supone que, descontento de marchar diariamente por una soledad cenicienta a la cabeza de su espléndido ejército, Oberlus pasó a maquinar los atropellos más espectaculares. Probablemente era su objetivo tomar por sorpresa un barco que se detuviera en sus dominios. Entonces exterminaría a la tripulación y escaparía en la nave a lugares ignotos. Mientras bullían estos planes en su cabeza, dos barcos tocaron conjuntamente en la isla, en el lado opuesto al suyo; y entonces sus proyectos experimentaron un súbito cambio.

En los barcos necesitan vegetales, que Oberlus promete en gran

abundancia, siempre que envíen sus botes al otro lado, a su desembarcadero, de modo que los tripulantes puedan trasladar los comestibles desde su huerto, informando a un mismo tiempo a los dos capitanes que sus bribones —esclavos y soldados— se han vuelto tan abominablemente ociosos e inútiles en los últimos tiempos que no podría hacerlos trabajar con alicientes ordinarios y que, por otra parte, la piedad le impediría ser severo con ellos.

La propuesta fue aceptada y se enviaron los botes que quedaron dispuestos sobre la playa. Las tripulaciones se trasladaron hasta la choza de lava; pero, para su sorpresa no había nadie allí. Tras esperar hasta que se les agotó la paciencia, volvieron a la playa, donde he aquí que algún extraño —no, por cierto, el Buen Samaritano— pareciera haber pasado recientemente. Tres de los botes estaban hechos añicos y faltaba el cuarto. Esforzándose por las montañas y a través de las escorias, algunos de los forasteros consiguieron volver a aquel costado de la isla donde anclaban los barcos y entonces se enviaron nuevos botes para socorrer al resto de la desventurada partida.

Por muy asombrados que quedaran ante la traición de Oberlus, los dos capitanes, temerosos de nuevas y aún más misteriosas atrocidades —y, a decir verdad, imputando parte de tan extraños acontecimientos a los hechizos asociados con estas islas— consideraron que sólo estarían a salvo si escapaban inmediatamente, de modo que dejaron a Oberlus y a su ejército en tranquila posesión del bote robado.

En la víspera de la partida, pusieron una carta en un pequeño barril, informando del asunto al Océano Pacífico, y anclaron el barril en la bahía. Algún tiempo después, el barril fue abierto por otro capitán que acertó a anclar allí, no hasta después de haber despachado un bote al desembarcadero de Oberlus. Como puede sospecharse fácilmente, este capitán sintió bastante inquietud hasta que volvió el bote. Entonces se le hizo entrega de otra carta, en la que Oberlus proponía su propia versión del episodio. Este precioso documento había sido hallado, enmohecido y colgado de un clavo en el muro de escoria de la choza sulfúrea y desierta. He aquí su texto, el cual demuestra que Oberlus era al menos un escritor consumado y no un simple patán; y lo que es más, que era capaz de cierta tenebrosa elocuencia:

Señor: soy el caballero más desafortunado y maltratado que exista. Soy un patriota, exiliado de mi país por la más cruel de las tiranías.

Desterrado a estas Islas Encantadas; una y otra vez he tratado que capitanes de barcos me vendieran un bote, pero me estrellé contra negativas, pese a que ofrecía mejores precios en dólares mexicanos. Por fin se me presentó una oportunidad de hacerme de uno, y no la dejé pasar.

Desde hace mucho me esfuerzo, mediante el rudo trabajo y no poco sufrimiento solitario, por acumular algo que me permita vivir cómodamente una vejez virtuosa pero infortunada; más en diversas ocasiones he sido robado y golpeado por hombres que profesaban ser cristianos.

Hoy parto del grupo de Las Encantadas, a bordo del excelente bote Charity, con destino a las Islas Fidji.

El huérfano Oberlus.

P. S. — Detrás de las escorias, junto al horno, encontrará gallina vieja. No la mate: sea paciente; está poniendo y si llega a tener pollitos, por este documento se los lego, usted quien sea. Pero no cuente sus pollos antes que salgan del cascarón.

La gallina resultó ser un gallo famélico, postrado de pura debilidad.

Oberlus declaraba que su destino eran las Islas Fidji; pero esto tenía por único objeto poner a los perseguidores sobre una pista falsa. Pues, tras largo tiempo, llegó, único tripulante de su bote abierto, a Guayaquil. Como sus secuaces no fueron vistos nunca más en la Isla de Hood, se supone que murieron por falta de agua en la travesía a Guayaquil o bien, lo cual es muy probable, que fueran arrojados por la borda por Oberlus, cuando éste comprobó que el agua se iba haciendo escasa.

De Guayaquil pasó Oberlus a Payta; y allí, con esa brujería inaudita que es característica de algunos de los animales más horribles, consiguió captarse los sentimientos de una damisela morena, a la cual convenció de que lo acompañara a su Isla Encantada, que sin lugar a dudas le pintó como un Paraíso de flores y no como un Tártaro de escorias. Pero por desgracia para la colonización de la Isla de Hood con un selecto surtido de la naturaleza animada, el aspecto extraordinario y diabólico de

Oberlus hizo que se le viera en Payta como a un individuo sumamente sospechoso. De modo que al encontrársele una noche escondido con cerillas en un bolsillo, bajo el casco de una pequeña embarcación que estaba a punto de ser botada, se lo detuvo y se lo arrojó a un calabozo.

En la mayor parte de las poblaciones sudamericanas, las cárceles son del tipo menos saludable. Edificadas con grandes pedazos de adobe, sólo contienen una habitación, sin ventanas ni patio y también tienen solamente una puerta cubierta de pesados barrotes de madera; de modo que tanto por fuera como por dentro ofrecen el aspecto más deplorable. En su calidad de edificios públicos se levantan ostentosamente frente a una plaza calurosa y polvorienta brindando a la vista, a través de las rejas, el espectáculo de sus traicioneros y desesperanzados inquilinos, sumidos en todo género de trágica mugre. Y allí, durante largo tiempo pudo verse a Oberlus, la figura central de una banda mestiza y asesina, un ser a quien es religioso detestar puesto que es filantropía odiar a un misántropo.

Nota. Quienes puedan estar dispuestos a dudar acerca de la posibilidad del personaje descrito arriba deben remitirse al segundo volumen de *Viaje por el Pacífico* de Porter, donde reconocerán muchas oraciones, puesto que, para facilitar las cosas, fueron extraídas textualmente de esa obra y trasladadas aquí; siendo la diferencia principal —salvo unas cuantas reflexiones al pasar— entre las dos relaciones que el presente autor ha añadido a los datos presentados por Porter, otros suplementarios que obtuvo, en fuentes dignas de confianza, en el Pacífico; y cuando los datos divergen, el autor ha preferido, naturalmente, sus propias fuentes a las de Porter. Como, por ejemplo sus fuentes sitúan a Oberlus en la Isla de Hood, en tanto que las de Porter lo hacen en la Isla de Charles. La carta hallada en la choza es también algo diferente, pues cuando el presente autor se encontraba en Las Encantadas se le informó que ella no sólo evidenciaba cierta cultura sino que estaba llena de la más insólita desfachatez satírica, cosa que no está debidamente representada en la versión de Porter. La modifico por consiguiente, para ajustarla al carácter personal de su autor.

DÉCIMO BOSQUEJO

Prófugos, abandonados, solitarios, lápidas, etcétera

Y alrededor viejos troncos y ramas de árboles,
En los que nunca fruto ni hoja se vieron,
Coleaban sobre gastadas escuadras nudosas
De las que a muchos infelices se había colgado.

Algunas reliquias de la choza de Oberlus perduran en parte, hasta el día de hoy, en la punta del valle cubierto de escorias. Y el forastero que recorre otras de las Islas Encantadas no deja de tropezar con moradas solitarias, desde hace mucho abandonadas a la tortuga y al lagarto.

Tal vez pocas partes de la tierra han dado albergue, en estos tiempos modernos, a tantos solitarios. La razón de esto es que nuestras islas se hallan situadas en un mar distante, y las naves que de vez en cuando las visitan son casi siempre balleneros o bien barcos que realizan lentas y pesadas travesías, lo cual los exceptúa en buena medida tanto de la supervisión como del recuerdo de la ley humana. El carácter de ciertos comandantes y de ciertos marineros es tal que, en estas enojosas circunstancias, es absolutamente imposible que dejen de producirse escenas desagradables y de contrariedad entre ellos. Un odio sombrío hacia la nave tiránica se apoderará del marinero, quien de muy buena gana la cambiará por islas que, si bien azotadas por un continuo siroco y una brisa ardiente, con todo le brindan, en su interior laberíntico, un retiro donde quedará libre de la posibilidad de captura. Escapar del barco en cualquier puerto peruano o chileno, aun en el más pequeño y rudimentario, es hazaña que no está exenta de grave riesgo de captura, para no hablar de los jaguares. Una recompensa de cinco pesos hace que cincuenta españoles ruines se metan en la selva, y con sus grandes machetes la exploren día y noche, deseosos de capturar a su presa. Tampoco es, en general, mucho más fácil burlar a los perseguidores en las islas de Polinesia. Aquéllas en que se ha dejado sentir una influencia civilizadora presentan al desertor la misma dificultad que los puertos peruanos, siendo los nativos evolucionados tan mercenarios y de cuchillo y olfato tan vivos como los retrógrados españoles; en

tanto que, debido a la mala reputación de que gozan todos los europeos entre los salvajes que han llegado a oír algo de ellos, fugarse del barco entre los primitivos polinesios es, en la mayor parte de los casos, una esperanza no sin sus propios peligros. De aquí que las Islas Encantadas se conviertan en los sitios elegidos para morada por todo género de refugiados; algunos de los cuales experimentan demasiado tristemente la verdad de que huir de la tiranía no asegura por sí solo un asilo seguro y mucho menos un hogar feliz.

Por otra parte, con bastante frecuencia se han dado casos de que accidentes relacionados con la cacería de tortugas hayan convertido a los cazadores en ermitaños en estas islas. El interior de casi todas ellas es tan enmarañado y de tránsito arduo que supera toda descripción; el aire es sofocante e irrespirable; surge una sed intolerable, para la cual no encuentra arroyo alguno que brinde su gentil alivio. ¡En unas pocas horas bajo un sol ecuatorial, reducido por estas causas a un estado de absoluto agotamiento, un desgraciado porvenir le espera al rezagado en las Islas Encantadas! Su extensión es tal que impide una búsqueda adecuada, a menos que se le consagren semanas. El barco impaciente aguarda uno o dos días; y entonces, no habiéndose dado todavía con el desaparecido, se clava una estaca en la playa, con una carta de excusa, y una lata de galletas y otra de agua atados a ella… y se hace a la mar.

Tampoco faltan los casos en que la inhumanidad de ciertos capitanes los ha llevado a tomarse una segura venganza en marineros que les hubieran provocado un agravio singular a su capricho o su orgullo. Tirados a la playa, en medio de la abrasadora greda, esos marineros son abandonados para que mueran sin tardanza, a menos que por esfuerzo solitario consigan descubrir algunas preciosas gotas de humedad que manen de una roca o estén estancadas en una pileta de la montaña.

Conocí mucho a un hombre que, en la Isla de Narborough fue atormentado por la sed hasta tal extremo que al fin salvó su vida dando cuenta de la de otro ser. Una foca muy corpulenta llegó a la playa. Él se precipitó sobre el animal, le clavó el cuchillo en el cuello y luego tirándose sobre el cuerpo jadeante, bebió de la herida abierta; las palpitaciones del corazón agonizante de la bestia

inyectaron vida al bebedor.

Otro marinero, arrojado en un bote a una isla a la que no llegaba jamás un barco, debido a su particular aridez y a los bancos de arena que la rodeaban, isla de la que además quedaban ocultas todas las demás partes del grupo, este hombre, percatándose de que era una muerte segura quedarse allí y que nada peor que la muerte le amenazaba si dejaba la isla, mató dos focas e inflando sus pellejos se hizo una especie de balsa, en la cual consiguió trasladarse a la Isla de Charles, incorporándose a la república allí existente.

Pero los individuos que no están dotados del coraje necesario para llevar a cabo estas desesperadas tentativas encuentran su único recurso en buscar inmediatamente un abrevadero, por precario o exiguo que sea; en levantar una choza; en capturar tortugas y aves; y en todos los respectos preparándose para una vida eremítica, hasta que la marea o el tiempo, o bien un barco en travesía, llegue para llevarlos flotando a otra parte.

Al pie de los precipicios en muchas de las islas se encuentran en las rocas pequeñas cavidades, en parte llenas de desperdicios putrefactos o de residuos vegetales, o bien cubiertas por la maleza, y en las que a veces también puede encontrarse un poco de humedad. Al examinarlas, estas cavidades revelan muestras inequívocas del uso de instrumentos artificiales para ahuecarlas, siendo la obra de algún desgraciado náufrago o de un todavía más miserable prófugo. Estas cavidades están hechas en lugares donde se suponía que unas escasas gotas de rocío podrían caer dentro de las grietas superiores.

Estas reliquias representadas por ermitas y cavidades talladas en la piedra no son los únicos signos de una humanidad en eclipse que puedan hallarse en las islas. Y, por curioso que resulte decirlo, el punto que es más animado entre todos los demás en las comunidades establecidas, presenta en las Islas Encantadas el más triste de los aspectos. Y por más que pueda parecer muy extraño hablar de oficinas de correos en esta región tan desértica, con todo pueden, de vez en cuando, encontrarse oficinas de correo en ella. Constan de un poste y una botella. Y allí las cartas no sólo las sellan sino que les ponen corcho. Por lo general, se trata, de mensajes depositados por capitanes balleneros de Nantucket en beneficio de

los pescadores que pasen por allí y contienen declaraciones relativas a la suerte que tuvieron en la pesca de la ballena o en las cacerías de tortugas. Sin embargo, a menudo ocurre que largos meses y meses pasan, e incluso los años pasan y no se presenta nadie a reclamar la correspondencia. El poste se pudre y se viene al suelo, y no ofrece un espectáculo muy regocijante.

Si se añade ahora que lápidas sepulcrales o, mejor dicho tablas sepulcrales se descubren también en algunas de las islas, la imagen quedará completa.

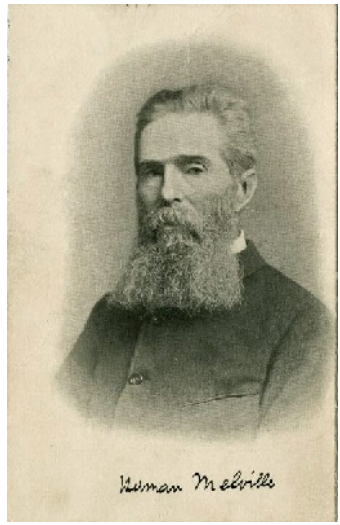
En la playa de la Isla de James pudo verse, durante muchos años, un tosco poste indicador que apuntaba hacia el interior. Y tal vez, interpretándolo como una señal de posible hospitalidad en este lugar por lo demás tan desolado —algún buen ermitaño que viviría allí con su escudilla de madera—, el forastero seguiría por la senda así indicada, hasta que por fin llegaría a un silencioso escondrijo y encontraría como única bienvenida a un muerto y como su sola salutación la leyenda sobre la tumba. Allí, en 1813, cayó en un duelo al romper el día, un teniente de la fragata norteamericana *Essex*, el cual tenía 21 años, alcanzando su mayoría de edad en la muerte.

Es perfectamente justo que, como esas viejas instituciones monásticas de Europa, cuyos moradores no salen de sus muros para ser sepultados sino que se les entierra donde mueren, también Las Encantadas entierren a sus propios muertos, así como el gran monasterio general que es la tierra lo hace con los suyos.

Sabido es que la sepultura en el océano es debida a una estricta necesidad de la vida náutica y que sólo se procede a practicarla cuando la tierra está muy a popa y no es claramente visible desde la proa. Por esto, a los barcos que navegan por las proximidades de las Islas Encantadas les proporcionan un cómodo camposanto. Cumplida la ceremonia de dar sepultura a los restos, algún bondadoso poeta o artista del castillo de proa se apodera de su pincel e inscribe una copla como epitafio. Y cuando, después de un largo plazo, otros marineros de buen corazón aciertan a dar con el lugar del entierro, por lo común aprovechan el túmulo como mesa y beben un amistoso trago por el descanso del pobre difunto.

Como muestra de estos epitafios, vaya el siguiente, encontrado en una abra desierta de la Isla de Chatham:

Oh, hermano Jack, que ahora pasas,
Como eres hoy, así fui yo:
Tan pendenciero y tan alegre,
Pero ahora, qué pena, han dejado de pagarme.
Ya no espío desde mis anteojeras,
Aquí me estoy… ¡cubierto de escombros!



HERMAN MELVILLE nació en Nueva York en 1819, hijo de un comerciante. Muerto el padre en la ruina en 1832, tuvo que dejar la escuela y trabajar en los más diversos empleos. En 1839 se embarcó en un buque mercante, y en 1841 en un ballenero, que abandonó junto con un compañero en las Islas Marquesas, donde vivieron con una tribu caníbal. De allí fue rescatado por un ballenero australiano, del que desertó tras un motín. Después de una temporada en Honolulu, se enroló en la fragata United States y volvió a Estados Unidos en 1844. De todos estos viajes surgieron las novelas que publicaría a lo largo de los siete años siguientes: *Taipí* (1846) y *Omú* (1847), ambientadas en los Mares del Sur; *Mardi* (1849), una fantasía alegórica; *Redburn* (1849), sobre su primer viaje en un buque mercante; *Chaqueta Blanca* (1850), sobre la travesía a bordo del United States; y *Moby Dick* (1851), que, pese a su actual celebridad, pasó casi inadvertida. Su obra posterior tampoco contó con las simpatías del público: *Pierre o las ambigüedades* (1852), *Israel Potter* (1855) y *The Confidence-Man* (1857) no le permitieron seguir viviendo de la literatura. En 1866 consiguió un empleo de inspector de aduanas en el puerto de Nueva York. En esa ciudad murió veinticinco años después, en 1891. En 1919, un biógrafo encontró el manuscrito de *Billy Budd, marinero*,

que se publicaría en 1924.

Notas

[1] Antiguo reino entre Palestina y Egipto. *(N. del T.)* <<

[2] Sic en el original. *(N. del T.)* <<

[3] El antiguo nombre de las islas Gilbert. Los habitantes son micronesios. *(N. del T.)* < <

[4] Desde hace tiempo los hispanoamericanos tienen la costumbre de hacer el don de islas a individuos notables. El piloto Juan Fernández obtuvo una escritura sobre la isla que lleva su nombre; durante algunos años residió allí, antes de la llegada de Selkirk. Se supone, empero, que a la larga su principesco dominio llegó a causarle melancolía, pues pasado algún tiempo volvió al continente y las noticias dicen que se convirtió en un barbero muy locuaz en la ciudad de Lima. <<

[5] Una referencia del evangelio de Juan 3:8… *(N. del T.)* <<